

EL SIGNIFICADO Y LA PREDICACION DE CUATRO VIAJES APOSTOLICOS

JOSE MORALES

SUMARIO: 1. *Los viajes papales de 1979.* — II. *La aplicación del Concilio Vaticano II.* — III. *La colegialidad episcopal.* — IV. *Los sacerdotes.* — V. *El encuentro con los laicos.* — VI. *La unión de los cristianos.* — VII. *Al rescate del hombre.* — VIII. *El hombre según Jesucristo.* — IX. *Diálogo con las libertades y derechos civiles.* — X. *Observaciones finales.*

I. LOS VIAJES PAPALES DE 1979 *

1. A las puertas de un *decenio crucial* (I, 127), el Papa Juan Pablo II ha querido dejar Roma en cuatro ocasiones a lo largo de 1979, para emprender sendos viajes que le han llevado a países de características muy diferentes. Han sido viajes apostólicos según el estilo de Papa peregrino inaugurado por Pablo VI. Han tenido todos una motivación directa y expresa de carácter religioso y pastoral, y han supuesto en el Pontífice una decisión valerosa.

El Papa, «como mensajero del Evangelio para millones de hermanos que creen en Cristo», ha cruzado mares y superado largos caminos de kilómetros, y a veces también de incomprensión y recelo, para decir *viva voce* cosas importantes, de esas que no se reflejan suficientemente en las palabras de un documento o en un mensaje escrito.

Juan Pablo II ha visitado lugares representativos de las diversas situaciones en las que hoy viven la Iglesia y los cristianos. Ha visto a cató-

(*) Los discursos y homilias papales se citan por el texto publicado en la BAC *minor*, según las abreviaturas siguientes:

M (México) *Mensaje a la Iglesia de Latinoamérica*, Madrid, 1979.

P (Polonia) *Peregrinación apostólica a Polonia*, Madrid, 1979.

I, ONU, USA (Irlanda, Naciones Unidas, Estados Unidos de América), *Heraldo de la Paz*, Madrid, 1979.

Los discursos pronunciados en Turquía se citan por la edición española semanal del *Osservatore Romano* de 9.XII.1979.

licos del nuevo continente, maltratados o meramente tolerados en cuanto tales por una élite dominante más bien arreligiosa. Ha estado en su propia nación, donde una sociedad masivamente católica sobrevive en circunstancias hostiles, que indican un propósito de gradual exterminio —si posible fuera— por parte del poder totalitario. Se ha detenido *ex profeso* en un país católico libre y firmemente asentado en su fe tradicional. Ha recorrido las ciudades más importantes de una nación que desde sus comienzos alberga, como ninguna otra del globo, a una sociedad plural, en la que los católicos forman la minoría más numerosa. Ha viajado, en fin, a Turquía, como prueba elocuente de la voluntad ecuménica de la Iglesia Romana.

El hecho mismo de los viajes habla por sí solo. Señala que el Catolicismo no es una religión local, función de latitudes, razas o idiosincrasias nacionales; y que lo católico no representa nunca algo postizo o importado en el seno de una sociedad o de una cultura.

El Papa ha señalado, sin embargo, motivos específicos para cada uno de sus desplazamientos. Camino de México, explica que el viaje «quiere ser, ante todo, una peregrinación de fe: el Papa —dice— va a arrodillarse ante la prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe, para invocar su maternal asistencia y protección sobre su servicio pontifical» (M, 7).

Ocasión inmediata de este primer viaje americano de Juan Pablo II es la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. «El Papa —dirá en la República Dominicana— quiere estar cercano a esta Iglesia evangelizadora para alentar su esfuerzo, para traerle nueva esperanza en su esperanza, para ayudarle a mejor discernir sus caminos» (M, 11).

A las dos anteriores se suma todavía una razón muy especial. El Papa ha dirigido sus primeros pasos fuera de Italia a una tierra «cuyos habitantes, ciudadanos cristianos y católicos, han sufrido tanto por Cristo» (M, 47). Su presencia en México quiere ser un consuelo y sobre todo un estímulo para los hijos de la Iglesia.

2. Dos motivos «estrictamente religiosos» (P, 8) nombra el Papa para explicar su viaje a Polonia. Se refiere en primer lugar a la «necesidad profunda» de fortalecer su espíritu con una peregrinación a los lugares sagrados de su patria (cfr. P, 245-246). Es un motivo de naturaleza personal, fácilmente comprensible en un Pastor de la Iglesia que ha vivido intensamente los avatares sociales y religiosos de su país, y desea una nueva comunicación directa con el pueblo de donde ha salido.

El segundo motivo, inseparable del primero, es el deseo de contribuir al difícil diálogo con un aparato de poder opuesto a la Iglesia católica. El Papa pretende un servicio al «ulterior desarrollo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Polonia y también entre la Sede Apostólica y Polonia» (P, 249; cfr. P, 6).

Es consciente de que su visita constituye un acontecimiento sin precedentes, «no sólo en este siglo, sino también durante todo el milenio de la vida cristiana polaca, tanto más cuanto que se trata de la visita de un

Papa polaco, que tiene el sacrosanto derecho de compartir los sentimientos de su propia nación». No hay desafío en sus palabras. Hay un cierto asombro de que la Providencia haya querido propiciar esta espectacular visita, haciéndola, por así decirlo, inevitable.

«Este acontecimiento sin precedentes —dice el Papa en su discurso de despedida ante las autoridades civiles polacas— es indudablemente un acto de valentía por ambas partes. Sin embargo, en nuestro tiempo es necesario un acto tal de valentía. Es necesario tener la valentía de caminar en la dirección en la que nadie ha caminado hasta ahora...

«Nuestro tiempo tiene necesidad de un testimonio, que exprese abiertamente la voluntad de acercar entre sí las naciones y regímenes, como condición indispensable para la paz en el mundo. Nuestro tiempo exige de nosotros no cerrarnos en las rígidas fronteras de los sistemas, sino buscar todo lo que es necesario para el bien del hombre, que debe encontrar por todas partes la conciencia y certeza de su auténtica ciudadanía. Hubiera querido decir: en cualquier sistema de relaciones y de fuerzas» (P, 252).

La visita papal a Polonia es un gran acto de fe. Porque se diría que, una vez más, el Papa intenta lo imposible.

3. «Después de haber ido a México... y de haber participado en Polonia en las ceremonias conmemorativas de San Estanislao —explica el Papa al Cuerpo diplomático reunido en la Nunciatura de Dublín— era normal que yo viniera a esta isla, donde... la fe cristiana y el lazo de unidad con la Sede de Pedro han permanecido firmes» (I, 52).

El Papa ha viajado a Irlanda para expresar a los católicos de este país el agradecimiento de la Sede Romana por la fidelidad manifestada hacia Cristo y la Iglesia durante siglos de tribulaciones y persecución. «Vosotros, católicos irlandeses, habéis mantenido y amado la unidad y la paz de la Iglesia católica, guardándola por encima de todos los tesoros terrenos» (I, 11).

Estas palabras, pronunciadas en el Phoenix Park de Dublín, reflejan bien los sentimientos papales hacia un pueblo que, apoyado en la fe verdadera, «ha demostrado una valentía y una perseverancia no comunes» (I, 44).

Pero las palabras del Papa se refieren también al presente y al futuro. Ha ido a Irlanda para rendir homenaje, por así decirlo, a un pueblo que ha sabido conservar intacta la herencia de la fe, y sobre todo para estimularle en su adhesión continuada al evangelio de Jesucristo.

Piensa el Papa que Irlanda se encuentra en un momento de su historia que exige una decisión (cfr. I, 145). A un país «que ha superado tantas situaciones difíciles... se le presenta hoy un nuevo reto, pues no está inmune de la influencia de ideologías y tendencias que la civilización y el progreso actual traen consigo» (I, 14).

Cabe esperar, sin embargo, que quienes resistieron admirablemente y por largo tiempo la injusticia y la tiranía, superen ahora las tentaciones y los ataques, más sutiles, de los nuevos enemigos de la fe.

4. Algo diferente es la presentación inicial que el Papa hace de sí mismo en los Estados Unidos de América. Juan Pablo II quiere ser para los norteamericanos todos un maestro de la verdad y un testigo cualificado de la religión y de la presencia de Dios en el mundo. Espera que su visita a la nación más poderosa de la tierra se interprete «a la luz de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy, emanada del Concilio Vaticano II» (USA, 224), es decir, como un encuentro del representante de Cristo con los hombres de buena voluntad.

«Vengo a los EE.UU. de América como sucesor de Pedro y peregrino de la fe... Saludo a todos los americanos, sin distinción. Deseo decir a cada uno que el Papa es vuestro amigo» (USA, 222).

Viene a comunicar esperanza, y viene desde luego a estar con los hijos de la Iglesia. «Estoy aquí —dice— para confirmaros en vuestra fe, santa, católica y apostólica; para invocar sobre vosotros la alegría y la fuerza que os sostengan en la vida cristiana» (USA, 232).

El robusto sentido común del Pontífice tenía también que conectar necesariamente con el talante de apertura característico del pueblo norteamericano. El Papa quiere en efecto que su visita se considere como un saludo a un «noble rasgo de América y su gente: su deseo de ser libres, su determinación a conservar la libertad, y su buena voluntad de compartir esa libertad con los demás» (USA, 260).

II. LA APLICACIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

1. El último Concilio ecuménico es el *programa* de Juan Pablo II. Los discursos y homilias pronunciados durante estos cuatro viajes derivan masivamente de la doctrina conciliar.

Está hecho el Concilio y está hecha su interpretación. Ahora —viene a decir el Papa— hay que ponerlo en práctica.

El trabajo actual de la Iglesia consiste por tanto en desarrollar el Vaticano II. Es una tarea larga y ambiciosa, apenas comenzada. Encierra notables aspectos de dificultad, por cuanto no es un programa aceptado por todos. Algunos estiman que el Concilio contiene una visión anticuada de la Iglesia, mientras que otros lo repudian todavía como contrario a la tradición católica.

Y sin embargo, el Papa quiere que toda la Iglesia —Pastores y laicos— estudie, medite y asimile las enseñanzas del Concilio. Ahí están las elocuentes palabras dichas en la Catedral de México el 26 de enero de 1979: «El Papa que os visita espera de vosotros un generoso y noble esfuerzo por conocer siempre mejor a la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha querido ser por encima de todo un Concilio sobre la Iglesia. Tomad en vuestras manos los documentos conciliares, especialmente la *Lumen Gentium*, estudiadlos con amorosa atención, en espíritu de oración, para ver lo que el Espíritu ha querido decir sobre la Iglesia. Así podréis daros

cuenta de que no hay —como algunos pretenden— una 'nueva Iglesia' diversa u opuesta a la 'vieja Iglesia', sino que el Concilio ha querido revelar con más claridad la única Iglesia de Jesucristo, con aspectos nuevos, pero siempre la misma.

«El Papa espera de vosotros además una leal aceptación de la Iglesia. No serían fieles en este sentido quienes quedasen apegados a aspectos accidentales de la Iglesia, válidos en el pasado pero ya superados. Ni serían tampoco fieles quienes, en nombre de un profetismo poco claro, se lanzaran a la utópica construcción de una Iglesia así llamada del futuro, desencarnada de la presente. Debemos ser fieles a la Iglesia que nacida, una vez por todas, del designio de Dios, de la cruz, del sepulcro abierto del Resucitado y de la gracia de Pentecostés, nace de nuevo cada día, no del pueblo o de otras categorías nacionales, sino de las mismas fuentes de las que nació en su origen. La Iglesia nace hoy para construir con todas las gentes un pueblo deseoso de crecer en la fe, en la esperanza y en el amor fraterno» (M, 37-38).

2. La aplicación del Concilio exigirá tiempo superior al de un Pontificado. Comprender bien la doctrina conciliar y trasladarla con detalle a la vida cotidiana de la Iglesia y de los fieles será trabajo de varios decenios. El Papa destaca este pensamiento cuando dice en Polonia que «la evangelización del nuevo milenio debe fundarse en la doctrina del Concilio Vaticano II» (P, 216).

El Vaticano II ha sido un concilio *pastoral* con «sólida base doctrinal» (USA, 354), que «ha puntualizado en todos sus documentos» las cuestiones que ocupan hoy a la Iglesia en su dimensión universal (cfr. P, 104).

«El Concilio ha hecho presente cuál es la naturaleza y misión de la Iglesia» (M, 94). Fiel a la tarea que se había impuesto, la Asamblea conciliar ha dirigido su atención hacia el misterio de la Iglesia misma y, en admirable continuidad con el pasado, ha sentado las bases de una fecunda eclesiología.

El Papa introduce estas consideraciones en el discurso de Puebla cuando explica que «el amor a la Iglesia tiene que estar hecho de fidelidad y de confianza». «En el primer discurso de mi Pontificado —continúa—, al subrayar el propósito de fidelidad al Vaticano II... invité a meditar con renovado afán sobre la naturaleza y misión de la Iglesia.

«Repito ahora la invitación, en este momento trascendental de la evangelización en América Latina: 'la adhesión a este documento del Concilio (la Const. *Lumen Gentium*), tal como resulta iluminado por la Tradición y que contiene las fórmulas dogmáticas establecidas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros, Pastores y fieles, el camino cierto y el estímulo constante —digámoslo de nuevo —en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia» (M, 92).

El Concilio ha abierto además una nueva era porque «ha iniciado una época de conocimiento profundo del hombre» (P, 76). Ha sido la pri-

mera asamblea eclesial que se ha detenido expresamente ante el ser humano para meditar en su naturaleza corpóreo-espiritual y ayudarle a descubrir su vocación de hijo de Dios.

Lo ha hecho con mirada evangélica, con gesto piadoso, que justifican la exhortación dirigida por Juan Pablo II a los obispos latinoamericanos. «Bebed, hermanos —les dice— en estas fuentes auténticas. Hablad con el lenguaje del Concilio de Juan XXIII y de Pablo VI. Es el lenguaje de la experiencia, del dolor, de la esperanza de la humanidad contemporánea» (M, 106).

Es evidente para Juan Pablo II que, después del Concilio, la Iglesia y el cristianismo contemporáneo se encuentran ante «grandes obligaciones» (P, 196). No importa demasiado que las esperanzas de nueva vida que brotaron en la Iglesia al calor de la reunión conciliar hayan experimentado un cierto retroceso (cfr. I, 128). Gracias al Concilio, la Iglesia toda entrará igualmente en «un período de consolidación y de construcción» (I, 133).

Al acometer el programa que se contiene en los documentos conciliares, la Iglesia y los cristianos recogen una herencia y aceptan un desafío (cfr. USA, 286).

III. LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL

1. Juan Pablo II, que comenzó su pontificado con un esperado y firme propósito de Colegialidad, ha reservado a lo largo de sus viajes iniciativas y palabras llenas de significado para este aspecto de la Iglesia. Lo ha hecho en fidelidad al Concilio, que emitió un claro mandato de espíritu colegial, luego de ser «la más grande manifestación de colegialidad ocurrida en la historia del mundo» (USA, 354; cfr. *Enseñanzas al Pueblo de Dios* 1978, 288).

En las *líneas programáticas* del nuevo pontificado, el Papa exhortaba a los obispos «de manera especial a considerar con mayor profundidad lo que comporta el vínculo colegial; por el cual, los obispos se unen íntimamente con el Sucesor de San Pedro y todos entre sí, para realizar las espléndidas tareas que les han sido confiadas de iluminar con la luz del Evangelio, santificar con los instrumentos de la gracia y regir con el arte pastoral a todo el Pueblo de Dios» (*Enseñanzas*, 342).

La Colegialidad es, en efecto, una *constante* de la Iglesia que expresa cada vez de modo más pleno lo que existe desde el principio, es decir, la necesaria conexión de todos los obispos con la Iglesia universal a través del Sucesor de Pedro, la *solicitud* de éste hacia todas las Iglesias. Esta Colegialidad, que arranca de la voluntad de Cristo (cfr. *Lumen Gentium*, n. 22), tiene su raíz en la unidad de los Apóstoles entre sí, reunidos en torno a Pedro en Jerusalén, para decidir cuestiones vitales de la Iglesia naciente.

Aunque la Colegialidad no llega a ser una *nota* de la Iglesia, pertenece sin embargo a su misterio y es un aspecto inseparable de la Apostolicidad.

A un grupo de obispos católicos presentes en Dublín con motivo de su visita a Irlanda, decía el Papa lo siguiente: «cuando la gente de este amadísimo país os vea reunidos junto con los obispos irlandeses alrededor del Obispo de Roma, serán testigos de esta especial unión que constituye el alma de la colegialidad episcopal, una unión de mentes y corazones, una unión de misión y dedicación en la construcción del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Es esta profunda unión, esta sincera *comunión* la que confiere profundidad y sentido al concepto de colegialidad y le lleva más allá de una mera colaboración práctica o un consenso de opiniones. Se convierte entonces en un vínculo que une verdaderamente a los obispos del mundo entero con el Sucesor de Pedro y entre ellos mismos, para llevar a cabo *cum Petro et sub Petro* el ministerio apostólico que el Señor confió a los Doce. El hecho de conocer que tales son los sentimientos que animan vuestra presencia aquí conmigo, no sólo me es causa de satisfacción, sino también me anima en mi ministerio pastoral único y universal» (I, 69-70).

2. La Colegialidad bien entendida no sabe de enfrentamientos ni de tensiones. «No viene de cálculos o maniobras humanas, sino de lo alto —dice el Papa en México a los Obispos latinoamericanos—; viene del servicio a un único Señor, de la animación de un único espíritu, del amor a una única y misma Iglesia. Es la unidad que resulta de la misión que Cristo nos ha confiado... Es la unidad en torno al Evangelio, del cuerpo y de la Sangre del Cordero, de Pedro vivo en sus sucesores, señales todas diversas entre sí, pero todas tan importantes, de la presencia de Jesús entre nosotros» (M, 98).

Sería erróneo concebir la Colegialidad como la mera armonización de tendencias o el acoplamiento *constitucional* de órganos eclesiales. Sería locura imaginarla como un recorte del ministerio de Pedro.

Los obispos ejercen precisamente la Colegialidad *cum Petro et sub Petro* (cfr. I, 109). «Es justamente esta Roca —decía el Papa a los obispos canadienses en noviembre de 1978— la que permite crecer al Pueblo de Dios sobre bases sólidas, es decir, sobre la fe esencial, a través del tiempo y del espacio; permanecer en unión profunda y constante con Cristo, fuente de vida; mantener y reconstruir la unidad entre los discípulos, resistir el desgaste del tiempo y las corrientes externas —y a veces internas— de disolución y disgregación» (*Enseñanzas*, 213).

«Bajo el signo de la Colegialidad y en virtud de un misterioso designio de la Providencia divina —declara ante los Obispos norteamericanos—, yo, vuestro hermano en Jesús, he venido a vosotros como sucesor de Pedro en la Sede de Roma, y por ello como Pastor de toda la Iglesia. Debido a mi personal responsabilidad pastoral y a causa de nuestra común responsabilidad pastoral para con el Pueblo de Dios en los Estados Unidos, deseo animaros en vuestro ministerio de fe en cuanto pastores locales, y sosteneros en vuestras actividades pastorales,

individuales y conjuntas, alentándoos a estar unidos en la santidad y verdad de nuestro Señor Jesucristo» (USA 350; cfr. I, 108).

3. Que la Iglesia se haga presente hoy primordialmente en base a la actividad desbordante de un Pontífice que ha tomado la iniciativa en todos los campos y asuntos importantes, no contradice lo más mínimo el propósito colegial. Si la renovación de la Iglesia, que Juan Pablo II impulsa según la letra y el espíritu del Concilio Vaticano II, ha de llegar a buen puerto, hará falta que los obispos se sumen a ella, se convezan de su necesidad y apliquen sin vacilaciones las medidas que deben encarnarla.

Fiel a las gratas obligaciones que el espíritu colegial le hace sentir, el Papa se ha desplazado a las Iglesias, ha escuchado a los Obispos que las rigen, y se ha integrado en sus trabajos de deliberación pastoral. Los Obispos han experimentado la estimulante cercanía del Pontífice, que ha podido ver el mundo con nuevos ojos, y ha querido compartir el peso de las difíciles cuestiones prácticas que esperan una solución.

Una vez y otra, el Papa se dirige a los Obispos como a sus hermanos, y como a «compañeros en el Evangelio» (*Enseñanzas*, 208). «Vengo como vuestro hermano Obispo de Roma —dice a los Obispos irlandeses—. He esperado con gran placer este día, para que podamos celebrar juntos la unidad del Episcopado en nuestro Señor Jesucristo, para que demos expresión pública a la dimensión de nuestra Colegialidad episcopal y para que reflexionemos juntos sobre el papel de la dirección pastoral en la Iglesia, particularmente en lo que concierne a nuestra responsabilidad común del bienestar del Pueblo de Dios en Irlanda» (I, 108).

En el discurso donde llama a este tiempo de la Iglesia «una hora de comunión eclesial y de amor fraterno», asegura a los Obispos norteamericanos: «he venido a vosotros como un Obispo hermano: uno que, como vosotros mismos, ha conocido las esperanzas y las dificultades de una Iglesia local; uno que ha trabajado en el ámbito de las estructuras de una diócesis, que ha colaborado en el organismo de una Conferencia Episcopal; uno que ha conocido la experiencia de la Colegialidad en un Concilio ecuménico» (USA, 349).

4. Estas manifestaciones de los discursos, unidas a los elocuentes gestos del Papa, ponen de relieve la dimensión no sólo popular sino también colegial de estos viajes apostólicos, que en un primer momento podría haber pasado inadvertida.

En todas las Iglesias vive la Iglesia de Cristo, Una, Santa, Católica y Apostólica, que es, sin embargo, más que la suma o agregación de aquéllas. Consiguientemente, Juan Pablo II recuerda a los Obispos que «las Iglesias locales que vosotros presidís y servís son comunidades fundadas sobre la Palabra de Dios, que obran en la verdad de esta Palabra. Es en la fidelidad a la comunión con la Iglesia universal donde se hace auténtica y estable la unidad local. En la comunión con la Igle-

sia universal, las Iglesias locales encuentran cada vez más claramente la propia identidad y el propio enriquecimiento. Esto requiere que cada Iglesia mantenga una total apertura a la Iglesia universal» (USA, 367-68).

Desea el Papa que la Iglesia entera vea en Roma y en el Papado no simplemente una instancia superior que la administra, sino un verdadero centro vital.

Los Obispos son invitados —precisamente en base a las exigencias y dinámica de la Colegialidad— a sentir la Iglesia toda como propia, a identificarse con la mente y doctrina papales, y a no adoptar o permitir posturas o soluciones inadecuadas, sobre todo en cuestiones que afectan a la Iglesia universal.

Al mismo tiempo, el Papa desea potenciar las vías que manifiestan y actúan el sentimiento colegial. Piensa que «el Concilio Vaticano II y el Sínodo de los Obispos han supuesto una nueva vitalidad pastoral para toda la Iglesia» (I, 99; cfr. *Enseñanzas* 342) y espera que la unidad colegial se refleje siempre en las Conferencias Episcopales. No tiene inconveniente en proponer a la Conferencia episcopal polaca como un ejemplo, cuando dice en Jasna Gora que «lo que caracteriza de modo particular a la Conferencia del Episcopado Polaco es la *unidad*, que es fuente de fuerza espiritual. El Episcopado polaco, precisamente por esta unidad suya, sirve de modo particular a la Iglesia en Polonia, como también a la Iglesia universal» (P, 102).

Puede decirse que en la vida y gobierno cotidianos de la Iglesia, el Papa no ha ahorrado ni ahorra esfuerzo alguno que la aproximen a las metas de Colegialidad que a su juicio debe conseguir todavía. Lo ha demostrado sobradamente el estilo decidido y prudente de sus intervenciones en la Conferencia de Puebla, en el Sínodo de la Iglesia de Holanda tenido en Roma a comienzos de este año, y en las actuaciones conjuntas de la S. Sede y algunos Episcopados para decidir temas delicados de doctrina o disciplina. Estos ejemplos podrían multiplicarse. Todos ellos muestran que Juan Pablo II no pronunciaba meras palabras cuando en diciembre de 1978 decía al Consejo de la Secretaría general del Sínodo de los Obispos que «la vida misma de la Iglesia de nuestro tiempo pide Colegialidad» (*Enseñanzas*, 288).

IV. LOS SACERDOTES

1. En sus alocuciones y homilias dirigidas a sacerdotes y aspirantes al sacerdocio, el Papa ha querido verter lo mejor de su alma pastoral. Habla a predilectos de su corazón y no le importa que se note. La suya es una palabra alentadora que une admirablemente la exigencia y la suavidad. Una vez más, el tono de Juan Pablo II es positivo. No habla demasiado de crisis. Porque no desea entristecer, y sobre todo

porque quien dice crisis parece referirse a un fenómeno que escapa a la voluntad de los hombres, mientras que ahora se trata de hacer un esfuerzo que modifique, con la ayuda de Dios, el rumbo de muchas vidas y quizás también el curso de los acontecimientos.

Los pensamientos que el Pontífice propone a los sacerdotes que le escuchan se iluminan desde dos ideas centrales, a saber, la vocación recibida de Dios y la figura de Jesucristo como centro de la vida. Los discursos hablan siempre de una llamada y descubren una perspectiva cristológica.

«Nuestra vocación sacerdotal —dice el Papa en Filadelfia ante miles de presbíteros— es un don del mismo Señor Jesús. Es llamada personal e individual: hemos sido llamados por el nombre como lo fue Jeremías» (USA, 305).

Esto no significa solamente que el sacerdocio cristiano no se origina mediante vínculos familiares como le ocurría al sacerdocio levítico, ni deriva su existencia por delegación o apoderamiento de la comunidad de los creyentes. Significa sobre todo que responde a una iniciativa graciosa de Dios: «es El quien llama a quienes El mismo ha decidido llamar» (USA, 308).

La naturaleza vocacional del sacerdocio es destacada también por el Papa a los seminaristas que le escuchan en la misma ciudad norteamericana. Pero esta vez el Papa introduce además el tema de la fidelidad, secuela normal y dichosa de la vocación. «Quiero recordaros —dice— la importancia de la fidelidad. Antes de que seáis ordenados, sois llamados por Cristo a hacer una opción libre e irrevocable en favor de la fidelidad a El y a su Iglesia. La dignidad humana requiere que mantengáis esta opción, que guardéis vuestra promesa a Cristo, independientemente de las dificultades que podáis encontrar y de las tentaciones que podáis sufrir» (USA, 287).

Se diría que el Papa habla a los jóvenes para que también los mayores entiendan y mediten. «Alegraos siempre en el Señor. Alegraos en vuestra vocación», exhorta en Maynooth a todos los que le rodean (I, 136).

Por una vez, sin embargo, desliza el Pontífice deliberadamente una nota severa en este lugar. «Hay algo que causa gran tristeza en la Iglesia —dice—, una angustia frecuentemente silenciosa pero grande en el Pueblo de Dios: cuando los sacerdotes desmayan en la fidelidad a su compromiso sacerdotal. Este anti-signo, este anti-testimonio, está entre los motivos del retroceso de las grandes esperanzas de nueva vida que brotaron en la Iglesia del Concilio ecuménico Vaticano II» (I, 128).

El Papa pide en esta hora a todos los sacerdotes de la Iglesia una «clara y arraigada convicción» de su identidad como cristianos llamados por Jesucristo a ser «depositarios y administradores de los misterios de Dios, e instrumentos de salvación para los hombres». «Ante las certezas de la fe —continúa— ¿por qué dudar de la propia identidad?, ¿por qué titubear acerca del valor de la propia vida?, ¿por qué la vacilación frente al camino emprendido?» (M, 63-64).

El sacerdote ha de tener una adecuada visión de su ministerio, que incluye una confianza plena en el Señor, que le ha llamado a desempeñarlo. Debe saber y creer que no realiza una empresa humana o puramente temporal sino una verdadera obra de Dios. De otro modo podría ser presa de la desesperanza y el desaliento, compañeros inseparables de la debilidad mortal.

«El concepto que tenemos del ministerio es a veces demasiado de tejas abajo —advierte—. Nos falta confianza en quien nos llama. Podemos limitarnos a nuestra visión del ministerio pensando que depende de nuestros talentos y habilidades, olvidando que es Dios quien llama. No es nuestro trabajo o habilidad lo primordial; estamos llamados a decir las palabras de Dios y no las nuestras; a administrar los sacramentos que El ha dado a su Iglesia y a convocar a las gentes a un amor que El mismo ha hecho posible» (USA, 307).

Con relativa frecuencia el Papa se refiere a la vida sacerdotal como tarea personal de quien ha recibido tan magnífica vocación (cfr. USA, 314). En esta perspectiva habla de la donación total a Dios como impulso y meta en la existencia del sacerdote. La llamada de Dios exige auto-donación completa e irrevocable de la propia persona (cfr. I, 140). «Vosotros os preparáis para el don total de vosotros mismos a Cristo y al servicio de su Reino», dice a seminaristas irlandeses (I, 136). Se trata de una entrega para siempre, porque «no reclamamos el don una vez dado —dirá en Filadelfia. No puede ser que Dios, que dio el impulso para decir *sí*, desee ahora oír un *no*» (USA, 308).

En Czestochowa evoca acentos evangélicos cuando dirige a los sacerdotes las siguientes palabras: «hemos renovado nuestra fe en el sacerdocio del mismo Cristo, dedicándole de nuevo, a su plena disposición, toda nuestro ser, alma y cuerpo, para que pudiese obrar mediante nosotros y cumplir su obra salvífica» (P, 148).

El celibato aparece precisamente como signo de la entrega que el Señor pide al sacerdote. Aunque forma parte de una disciplina introducida discrecionalmente por la Iglesia, el celibato no es un mero accidente de la vida sacerdotal. «No debiera sorprender al mundo —dice el Papa en Estados Unidos— que la llamada de Dios a través de su Iglesia siga ofreciéndonos un ministerio célibe de amor y servicio según el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. El llamamiento de Dios sacudirá hasta lo más profundo de nuestro ser. Y después de siglos de experiencia, la Iglesia sabe cuán oportuno es que los sacerdotes den esta respuesta concreta en su vida para manifestar la totalidad del *sí* que han dicho al Señor» (USA, 309).

El sacerdote ha hecho del Evangelio una «profesión de vida», pero no debe permitir una «profesionalización» rutinaria e interesada de su tarea evangélica (cfr. M, 64).

2. Los discursos papales contienen como en resumen una teología del sacerdocio que destaca con claridad los rasgos centrales del minis-

terio y la figura del sacerdote. El ministerio es un *servicio específico* que no puede ser sustituido en la Iglesia por el sacerdocio común de los fieles, esencialmente diverso. «Sois —dice el Papa en la basílica de Guadalupe— participantes del sacerdocio ministerial de Cristo para el servicio de la comunidad cristiana: un servicio que se realiza en virtud de la potestad recibida para dirigir al Pueblo de Dios, perdonar los pecados y ofrecer el sacrificio eucarístico» (M, 65).

El Papa, obispo de toda la Iglesia, desea que todos los sacerdotes sean conscientes del indispensable papel que desempeñan como colaboradores de los obispos, participantes de los poderes salvadores de Cristo, y anunciadores del Evangelio. «Tenéis —dice— una presencia cualificada en el apostolado eclesial» (M, 63).

Dios pide al hombre sacerdote todas sus energías vitales y no sólo una parte de su persona, de modo que el sacerdote no entenderá bien su propia vida si no entiende bien a Jesucristo y frecuenta su trato. «Sea nuestro afán primero —recomienda el Papa al comienzo de su visita a la República Dominicana— buscar al Señor, y una vez encontrado, comprobar dónde y cómo vive..., quedándonos con El de modo especial en la Eucaristía, donde Cristo se nos da, y en la oración, mediante la cual nos damos a El» (M, 25).

El Papa no se cansa de proponer a sus oyentes sacerdotes un *encuentro personal* con el Señor: «un encuentro personal, vivo, de ojos abiertos y corazón palpitante, con Cristo resucitado, que es el objetivo de nuestro amor y de toda nuestra vida» (M, 23).

Solamente en el oficio de Jesús, Buen Pastor, puede comprenderse adecuadamente el sentido del ministerio pastoral, que es misionero en su misma entraña y significa ser enviado para los otros igual que Cristo fue enviado por el Padre a anunciar la buena nueva (cfr. USA, 310).

La obra de Cristo, que «no puede ser realizada por sacerdotes apáticos o tibios» exige que el apóstol arda con el mismo fuego de amor por el Padre y por los hombres que consumía a Jesucristo (cfr. I, 125). «Vosotros estáis llamados por Cristo como los apóstoles —dice el Papa en Irlanda ante un gran número de sacerdotes y religiosos—. Como ellos estáis destinados a estar con Cristo. Como ellos sois enviados a ir en su nombre... Vuestro primer deber es *estar con Cristo*. Un peligro constante para los sacerdotes, aun celosos, es sumergirse de tal manera en el trabajo del Señor, que olviden al Señor del trabajo. Debemos encontrar tiempo, debemos crear tiempo para estar con el Señor en la oración» (I, 125; cfr. M, 64, 171).

Es necesario, insiste, mirar a Cristo «para aprender de El los medios que empleó para ser fiel, especialmente la oración y el abandono a la voluntad de Dios» (USA, 288). La contemplación asidua de este modelo único, divino y humano, avivará además en el alma del sacerdote los valores sobrenaturales de la existencia y le alcanzará «la fuerza corroborante de lo alto» (M, 64).

El conocimiento de Jesús es imprescindible también para predicar el Evangelio. Porque «nadie puede proclamar con eficacia la Buena Nueva ante los hombres si no ha sido primeramente compañero constante del Señor en la oración personal, si no ha aprendido del mismo Jesús el misterio que ha de anunciar» (USA, 312). Cuando hemos conseguido purificar la imagen de Jesús en nosotros y la hemos liberado de las «propensiones y razonamientos terrenos» con que a veces la confundimos, brilla «toda la luz que El guarda para nosotros» (M, 23-24).

Se adquiere así una ciencia nueva que hace comprender las necesidades de los hombres. «Desde el momento que El se ha hecho como nosotros en todo menos en el pecado —dice el Papa en Filadelfia—, vuestra unión con Jesús de Nazareth no será nunca un obstáculo para entender las necesidades del mundo y responder a ellas» (USA, 290). Sólo se aprende verdaderamente a servir a los demás en la escuela de Cristo, «que pasó haciendo el bien y sanando a todos» (cfr. M, 173).

«Si habéis encontrado a Cristo, ¡ivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona como auténticos testigos» (M, 24). El Papa se detiene con frecuencia en la pureza del lenguaje y mensaje evangélicos, que el sacerdote debe transmitir en nombre de la Iglesia para el bien espiritual y en ocasiones también material del pueblo cristiano.

El sacerdote ha de estar hambriento de la Palabra de Dios, abrazarla en su integridad, meditarla, estudiarla asiduamente, y difundirla con el ejemplo y la predicación (cfr. I, 139; USA 289). La vida entera del sacerdote debe ser una proclamación generosa de Cristo. Ha de evitar por ello «el liderazgo temporal, que fácilmente puede ser fuente de división, mientras que el sacerdote debe ser signo y factor de unidad y fraternidad» (M, 67).

Al recordar a los sacerdotes la especial tarea de ser testigos de Dios en el mundo moderno, el Papa les invita vivamente no sólo a pensar en el pueblo cristiano del que han salido y al que deben servir (cfr. P, 149; I, 126-7; USA, 305-6), sino también a no ocultar su condición. «No dudéis —dice— en haceros reconocer e identificar por las calles como hombres y mujeres que han consagrado a Dios su vida... No contribuyáis a esa tendencia a 'retirar a Dios de las calles', adoptando vosotros mismos modos seculares de vestir o de comportaros» (I, 134).

El Papa no oculta su inquietud y su esperanza. «De vosotros depende en buena parte la suerte de la Iglesia», dice a los sacerdotes que le oyen en ciudad de México (M, 63). Ante la Virgen de Czestochowa, sus anhelos se convierten en oración. «Confío —dice— en que con la ayuda de la Madre de Dios, seáis capaces, en estos tiempos difíciles, de comportaros de tal manera que brille vuestra luz ante los hombres» (P, 151).

V. EL ENCUENTRO CON LOS LAICOS

1. No podían faltar en los viajes papales las referencias continuas al papel de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Los viajes han sido en realidad un encuentro permanente con el Pueblo de Dios y han proporcionado a Juan Pablo II excelente oportunidad para recordar una vez más los criterios establecidos por el Concilio, y exhortar a su asimilación y cumplimiento.

El Papa ha hablado en algunas ocasiones a representantes de organizaciones de apostolado laical y a fieles que habían recibido un encargo eclesiástico en materias de catequesis, asistencia social o liturgia. Pero estos encuentros han tenido carácter marginal y secundario. En realidad, el Papa se ha dirigido al laicado de la Iglesia propiamente dicho cuando ha hablado a los jóvenes, a los padres y madres de familia, a los trabajadores.

También en asunto tan decisivo como éste para la vida de la Iglesia, el Papa ha querido partir del Concilio, que —según sus palabras— «recogió esa gran corriente histórica contemporánea de *promoción del laicado*, profundizándola en sus fundamentos teológicos, integrándola e iluminándola cabalmente en la eclesiología de la Constitución *Lumen Gentium*, convocando e impulsando la activa participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia» (M, 132).

«A este propósito —dice en México— permitid que el Sucesor de Pedro haga a todos y cada uno un ferviente llamamiento a asimilar las enseñanzas y orientaciones del Concilio Vaticano II, que ha dedicado a los laicos el capítulo V de la Const. *Lumen Gentium* y el Decreto *Apostolicam Actuositatem*» (id.).

Puede decirse que con el Concilio llega para toda la Iglesia la hora en que desaparece, al menos intencionalmente, cualquier clase de indebida tutela sobre los laicos. Lo que era explicable —y quizá necesario— en épocas pasadas, aparece ahora —a partir del Vaticano II— como fruto de una insuficiente visión eclesiológica.

«Al igual que Cristo, el Obispo aparece entre el laicado como quien sirve —enseña el Papa a los Obispos irlandeses, reunidos en Dublín—. Los laicos constituyen la inmensa mayoría de la grey de Jesucristo. Mediante el bautismo y la confirmación, Cristo mismo les hace partícipes de su propia misión salvífica. Junto con el clero y los religiosos, el laicado integra la única comunión de la Iglesia: 'un linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar las excelencias de quien os llamó de las tinieblas a su luz admirable'» (I, 113).

La importancia presente del laicado cristiano es una prueba de que la Iglesia, en base al último Concilio y a las corrientes espirituales y teológicas que de algún modo lo han preparado desde cerca y desde lejos, progresa en el Espíritu Santo y se conoce a sí misma cada vez mejor.

2. En la homilía pronunciada en Limerick, el Papa expone a sus oyentes un resumen de las enseñanzas conciliares sobre los laicos.

«Todos los cristianos —enseña—, incorporados a Cristo y a su Iglesia mediante el bautismo, están consagrados a Dios. Son llamados a profesar la fe que han recibido. A través del sacramento de la confirmación son además revestidos por el Espíritu Santo de una fuerza especial para ser testigos de Cristo y partícipes de su misión salvífica. Cada laico cristiano es, por consiguiente, una obra extraordinaria de la gracia de Dios y está llamado a las más altas cimas de la santidad. A veces, los seglares, hombres y mujeres, no parecen apreciar del todo la dignidad y vocación que les es propia como laicos. No, no se puede hablar de un *vulgar seglar*, porque vosotros habéis sido llamados a la conversión por la muerte y resurrección de Jesucristo. Como pueblo santo de Dios, estáis llamados a desempeñar vuestro papel en la evangelización del mundo.

«Sí —continúa—. Los laicos son raza elegida, sacerdocio santo, llamados también a ser sal de la tierra y luz del mundo. Su específica vocación y misión consiste en manifestar el Evangelio en sus vidas y, por tanto, en introducirlo, como una levadura, en la realidad del mundo en que viven y trabajan» (I, 144).

Los laicos cristianos, hombres y mujeres que no imitan a Jesucristo fuera del mundo sino dentro de él, han recibido de Dios una vocación proporcionada a la imponente tarea sobrenatural y humana que deben realizar en todos los rincones de la tierra.

«Los laicos son llamados hoy a un encargo decididamente cristiano: permear la sociedad con la levadura del Evangelio». El Papa descubre a los irlandeses una nueva opción a favor de Cristo en las circunstancias de la sociedad contemporánea que no son ya las de épocas pasadas. Sus palabras son válidas para cualquier lugar donde vive la Iglesia.

«El pueblo irlandés —dice— debe elegir hoy su camino. ¿Será la transformación de todos los estratos de la sociedad en una nueva creación, o tal vez el camino que han emprendido muchas naciones al conferir excesiva importancia al desarrollo económico y a las posesiones materiales, dejando a un lado las cosas del espíritu? ¿La vía de la implantación de una nueva ética de disfrute temporal en lugar de la ley de Dios? ¿La vía de una falsa libertad que no es más que esclavitud y decadencia? ¿Será el camino del sometimiento de la dignidad de la persona humana al dominio totalitario del Estado? ¿El camino de una violenta lucha de clases? ¿El camino de exaltar la revolución por encima de Dios?

«Irlanda debe elegir. Vosotros, generación actual del pueblo irlandés, debéis decidir; vuestra elección debe ser clara, y vuestra decisión firme» (I, 145-146).

La Iglesia se hace presente en el mundo a través de los seglares. El Papa lo destaca en Polonia, y expresa allí su deseo de saludar y abrazar a todos los que forman *aquí abajo la Iglesia peregrina*: «a vosotros, padres y madres de familia, a vosotros que vivís en soledad; a vosotros, personas ancianas; a vosotros, jóvenes y muchachos.

«A todos vosotros, los que labráis la tierra, los que trabajáis en la industria, en las escuelas, en los ateneos, en los hospitales, en los institutos de cultura, en los centros de la administración pública, en cualquier lugar. Hombres de todas las profesiones que con vuestro trabajo construís la Polonia contemporánea...» (P, 14-15).

3. Signos de verdadera madurez laical no son, como piensan algunos, el espíritu de contestación intraeclesial o la apertura al utopismo marxista. Prueba de madurez es más bien el hecho de que toda la Iglesia ha tomado conciencia de ser Pueblo de Dios, Pueblo elegido que participa en la única misión de Cristo, Pueblo peregrinante que atraviesa la historia humana con un cometido inigualable de salvación (cfr. P, 27).

A propósito de la figura de San Estanislao, patrono de Polonia, el Papa habla en Cracovia de la Confirmación como sacramento que posibilita la edad adulta espiritual y la madurez del cristiano, es decir, la «iniciación del cristiano a la fe y a la vida de la Iglesia». Juan Pablo II encuentra una analogía entre el Obispo y mártir polaco y lo que debe ser el normal desarrollo de la existencia cristiana.

«Como un hombre bautizado llega a ser cristiano maduro mediante el sacramento de la confirmación —explica a sus compatriotas—, así también la Providencia ha dado a nuestra nación, a su debido tiempo después del bautismo, el momento histórico de la confirmación. San Estanislao simboliza este momento de modo peculiar, por el hecho de haber dado testimonio de Cristo con el derramamiento de su propia sangre» (P, 234).

La historia es, sin embargo, una ocasión para hablar en presente, y por eso el Papa añade: «el sacramento de la confirmación en la vida de cada cristiano, frecuentemente joven, debe hacer que también él sea *testigo de Cristo* en la medida de la propia vida y de la propia vocación. Este es un sacramento que de modo particular nos asocia a la misión de los Apóstoles, en cuanto introduce a cada bautizado en el apostolado de la Iglesia.

«Es el sacramento que debe hacer nacer en nosotros un profundo sentido de *responsabilidad por la Iglesia*, por el Evangelio, por la causa de Cristo en las almas de los hombres, por la salvación del mundo. El sacramento de la confirmación se recibe —como ocurre con el bautismo— sólo una vez durante la vida, y la vida entera, que se abre en la perspectiva de este sacramento, adquiere el aspecto de una gran y fundamental prueba: *prueba de fe y de carácter*» (P, 234).

En contraste con las ideas superficiales y frívolas de madurez cristiana que sólo saben de diálogos estériles y empobrecedores con el mundo que no conoce a Cristo, Juan Pablo II propone una concepción honda donde la edad adulta cristiana posee raíz sacramental. Viene a decir así que con el sacramento de la Confirmación la gracia de Dios se anticipa en el joven cristiano a las agresivas y disolventes tentaciones mundanas, le plantea una nítida llamada a la santidad, le proporciona un fuerte

sentido de su identidad como hijo de la Iglesia, y le ayuda a vivir de acuerdo con sus creencias y convicciones católicas. En una palabra, Cristo quiere hacerle desde su juventud un confesor de la Fe.

El Papa desea que los cristianos dejen a un lado las llamadas crisis de identidad, así como las contestaciones inútiles e ideologizantes, que son tan extrañas al Evangelio. E invita en cambio a la formación de hombres «con vocación de santidad, sólidos en su fe, seguros en la doctrina propuesta por el Magisterio auténtico, firmes y activos en la Iglesia, cimentados en una densa vida espiritual, alimentada con el acercamiento frecuente a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, perseverantes en el testimonio y acción evangélicos, coherentes y valientes en sus compromisos temporales, constantes promotores de paz y justicia contra toda violencia u opresión, agudos en el discernimiento crítico de las situaciones e ideologías a la luz de las enseñanzas sociales de la Iglesia, confiados en la esperanza en el Señor» (M, 136).

Identidad cristiana. He aquí una palabra clave que requiere atención. La Iglesia no ha renunciado a que sus hijos sepan lo que son, lo que creen y lo que, por voluntad de Dios, han de hacer en el mundo.

«El Papa espera de vosotros —había dicho también en México— la plena coherencia de vuestra vida con vuestra pertenencia a la Iglesia. Esa coherencia significa tener conciencia de la propia identidad de católicos y manifestarla, con total respeto, pero sin vacilaciones ni temores. La Iglesia tiene hoy necesidad de cristianos dispuestos a dar claro testimonio de su condición y que asuman su parte en la misión de la Iglesia en el mundo, siendo fermento de religiosidad, de justicia, de promoción de la dignidad del hombre en todos los ambientes sociales, y tratando de dar al mundo un suplemento de alma, para que sea un mundo más humano y fraterno, desde el que se mira hacia Dios.

«El Papa —continúa— espera a la vez que vuestra coherencia no sea efímera, sino constante y perseverante. Pertenecer a la Iglesia, vivir en la Iglesia, ser Iglesia hoy es algo muy exigente. Tal vez no cueste la persecución clara y directa, pero podrá costar el desprecio, la indiferencia, la marginación. Es entonces fácil y frecuente el peligro del miedo, del cansancio, de la inseguridad. No os dejéis vencer por estas tentaciones» (M, 38-39).

Cuando habla en Washington a los profesores de la Universidad Católica, aborda sin ambages esta importante cuestión. Después de referirse a los objetivos de una enseñanza realmente cristiana (estudio, servicio a la comunidad y lograr un cristianismo vivo) puntualiza: «esta es vuestra identidad. Esta es vuestra vocación. Cada universidad o colegio se distingue por un especial modo de ser. Vosotros debéis distinguviros por vuestro ser católicos, por vuestra afirmación de Dios, de su revelación y de la Iglesia católica como guardiana e intérprete de la revelación. El adjetivo *católico* no será jamás una simple etiqueta, que se puede colocar o quitar según que varíen las circunstancias» (USA, 442).

El respeto a todos los hombres y la razonable estima hacia los valores del mundo no deben ser pretextos para que el cristiano albergue en su espíritu incertidumbres sobre su propia llamada o solapados complejos de inferioridad.

Mientras que fuera de la Iglesia existe por lo general un amplio consenso para tolerar cualquier diferencia de opinión y tratar de absorber las oposiciones en la neutralidad del organismo social, en la Iglesia católica, por el contrario, hay un principio vivo de unidad sobrenatural que supera las frecuentes diferencias naturales y secundarias, y una fuerza vigorosa que —a modo de un instinto de conservación espiritual— tiende espontáneamente a expulsar del cuerpo de los fieles todo error y toda duda perniciosa.

Juan Pablo II recuerda en la catedral de Oaxaca que «todos los fieles, en virtud del propio bautismo, tienen que profesar públicamente la fe recibida de Dios..., difundirla y defenderla como verdaderos testigos de Cristo» (M, 127) e invita frecuentemente a confesarla «con alegría» siempre que sea oportuno y lo requieran el honor de Dios y el bien del prójimo (cfr. M, 51).

Se trata de ser «levadura dentro de la masa», para que ese testimonio despierte por doquier otros anunciadores de la salvación (cfr. M, 130).

4. Ciertamente, la Iglesia vive la hora del laicado. Sin que muchos lo adviertan, la frase, en otro tiempo mera promesa, se cumple por caminos que muchos no podían imaginar.

«Los laicos —enseña el Papa—, que por vocación divina comparten toda la realidad humana, inyectando en ella su fe, hecha realidad en la propia vida pública y privada, son los protagonistas más inmediatos de la renovación de los hombres y de las cosas. Con su presencia activa de creyentes, trabajan en la progresiva consagración del mundo a Dios.

«El apostolado de los laicos, así entendido y puesto en práctica, confiere pleno sentido a todas las manifestaciones de la historia humana, respetando su autonomía y favoreciendo el progreso exigido por la naturaleza propia de cada una de ellas. Al mismo tiempo nos da la clave para interpretar en plenitud el sentido de la historia, ya que todas las realidades temporales, como los acontecimientos que las manifiestan, adquieren su significado más profundo en la dimensión espiritual que establece la relación entre el presente y el futuro» (M, 128-130).

Esta tarea no es un simple proyecto humano. No es un designio temporal, sino una empresa de fe, que exige en los cristianos coherencia entre lo que creen y lo que hacen, porque las energías proceden de Dios.

En la homilía pronunciada en Dublín ante una inmensa muchedumbre, el Papa establece una relación directa entre la Eucaristía, soporte máximo de la vida sobrenatural, y el quehacer cristiano.

«De la Eucaristía —dice— es de donde recibimos todos nosotros gracia y fuerza para la vida diaria, para vivir la auténtica vida cristiana

con la alegría de saber que Dios nos ama, que Cristo murió por nosotros, y que el Espíritu Santo vive en nosotros.

«Nuestra participación plena en la Eucaristía es la fuente verdadera del espíritu cristiano que deseamos ver en nuestra vida personal y en todas las facetas de la sociedad. Sea que prestemos servicio en la política, o en los campos económico, cultural, social o científico —sea cual fuere nuestra ocupación— la Eucaristía es una exigencia de nuestra vida diaria.

«Nuestra unión con Cristo en la Eucaristía debe manifestarse en nuestra existencia cotidiana: acciones, conducta, estilo de vida, y en las relaciones con los demás. Para cada uno de nosotros, la Eucaristía es llamada al esfuerzo creciente para vivir como auténticos seguidores de Jesús: verdaderos en las palabras, generosos en las obras, con interés y respeto por la dignidad y derechos de todas las personas, sea cual fuere su rango, sacrificados, honrados y justos, amables, considerados, misericordiosos... La verdad de nuestra unión con Jesucristo en la Eucaristía queda patente en si amamos o no amamos de verdad a nuestros compañeros, en cómo tratamos a los demás y en especial a nuestra familia, en si tratamos o no de estar reconciliados con nuestros enemigos, en si perdonamos a quienes nos hieren u ofenden» (I, 16-17).

La fe y las posibilidades que nacen de la fe han de ser llevadas a todos los aspectos de la vida. El cristiano ha de *liberar* en su vida todas las energías que se contienen en su vocación y en las gracias que la acompañan. El discípulo de Cristo tiene como es lógico una personalidad variada pero a la vez bien definida y coherente.

«No podéis ser genuinos cristianos los domingos —dice el Papa en Limerick— a menos que tratéis de ser fieles al espíritu de Cristo también en vuestro trabajo, en vuestras relaciones comerciales, en vuestro sindicato o el de vuestros empleados, o en las reuniones profesionales. ¿Cómo podéis ser una auténtica comunidad en Cristo durante la misa si no tratáis de pensar en el bienestar de toda la comunidad nacional, cuando vuestro sector o grupo particular toma decisiones? ¿Cómo podéis disponeros a un encuentro con Cristo juez si no tenéis en cuenta que los pobres son dañados por la conducta de vuestro grupo o por vuestro personal estilo de vida?» (I, 148).

El Papa ayuda sin amargura a un examen de conciencia. No se le ocurre precisamente —como se permiten algunos profetismos fáciles— criticar a los católicos que confiesan la recta doctrina, cumplen el precepto dominical y reciben sacramentos. Desea simplemente que los cristianos aprendan a llevar el Evangelio a todos los momentos y circunstancias de su vida.

5. El Papa exhorta continuamente a los jóvenes cristianos a no conformarse con los defectos y claudicaciones de la sociedad en la que viven. Pero no les ofrece ideales equívocos, engañosos o utópicos. Les presenta con rigor y encendimiento la figura de Cristo, para convencer-

les de que en la vida cristiana la realidad supera con mucho a la imaginación.

«Con la vivacidad que es propia de vuestros años —les dice—, con el entusiasmo generoso de vuestro corazón joven, caminad al encuentro de Cristo: sólo El es la solución de todos vuestros problemas; sólo El es el camino, la verdad y la vida; sólo El es la verdadera salvación del mundo; sólo El es la esperanza de la humanidad» (M, 140-141).

Se trata de convertir paulatinamente en un principio personal lo que comenzó siendo una gran herencia espiritual. Se trata de afanarse en hacer propia la fe recibida de los padres y de la comunidad donde uno nació. «Buscad a Jesús esforzándoos en conseguir una fe personal profunda que informe y oriente vuestra vida; pero sobre todo que sea vuestro compromiso y vuestro programa amar a Jesús con un amor sincero, auténtico y personal. El debe ser vuestro amigo y vuestro apoyo en el camino de la vida. Sólo El tiene palabras de vida eterna» (id.).

«¿Qué otra cosa podía deciros mejor que ésta? —exclama ante una vasta audiencia de universitarios polacos—. ¡Aprended a conocer a Cristo y dejaos conocer por El! El conoce a cada uno de vosotros de modo especial. No es conocimiento que suscite oposición y rebeldía... No es una ciencia de hipótesis que reducen al hombre a una dimensión socio-utilitaria. La suya es una ciencia llena de sencilla verdad sobre el hombre y, sobre todo, llena de amor. Someteos a esta ciencia sencilla del Buen Pastor... Permitidle que os encuentre» (P, 206-207).

La Iglesia espera que los jóvenes ejerciten la valentía y la saludable ingenuidad propia de su edad, se dejen interpelar personalmente por el Señor y se atrevan a seguirle. Este es el impulso que hará de esta tierra, que espera la manifestación de los hijos de Dios (cfr. P, 41), un mundo mejor.

Después de narrar en el Boston Common el episodio del joven rico (cfr. Mc. X, 17s.), el Papa dirige a los jóvenes que le escuchan una invitación apremiante e ilusionada.

«Os digo a cada uno de vosotros: escuchad la llamada de Cristo, cuando sentís que os dice: *Sígueme*. Camina sobre mis pasos. Ven a mi lado. Permanece en mi amor. Es una opción que se hace: la opción por Cristo y por su modelo de vida, por su mandamiento de amor.

«El mensaje de amor que trae Cristo es siempre importante, siempre interesante. No es difícil ver cómo el mundo de hoy, a pesar de su belleza y grandeza, a pesar de las conquistas de la ciencia y de la tecnología, a pesar de los apetecidos y abundantes bienes materiales que ofrece, está ávido de más verdad, de más amor, de más alegría. Y todo esto se encuentra en Cristo y en su modelo de vida.

«¿Me equívoco acaso cuando os digo a vosotros, jóvenes católicos que forma parte de vuestra tarea en el mundo y en la Iglesia revelar el verdadero significado de la vida allí donde el odio, la indiferencia o el egoísmo amenazan con trastornar el mundo? Frente a estos problemas y a estas desilusiones, muchos tratarán de huir de las propias res-

ponsabilidades, y refugiarse en el egoísmo, en los placeres, en la droga, en la violencia... Pero hoy yo os propongo la opción del amor, que es lo contrario a la huida. Si vosotros aceptáis realmente este amor que viene de Cristo, éste os conducirá a Dios. Quizá en el sacerdocio o en la vida religiosa; quizá en algún servicio especial que prestéis a vuestros hermanos y hermanas, especialmente a los necesitados, a los pobres... Cualquier cosa que hagáis de vuestra vida, haced que sea un reflejo del amor de Cristo. Todo el Pueblo de Dios se enriquecerá con la diversidad de vuestros compromisos. En todo lo que hagáis, recordad que Cristo os llama, de una u otra manera, a un servicio de amor: amor de Dios y del prójimo» (USA, 227-228).

Es un llamamiento general a la vida cristiana y también a la entrega completa a Dios y a los demás, para todos aquellos que puedan y quieran entenderlo.

Estas perspectivas de servicio y don de sí no son la visión fugaz de un momento. Tampoco deben confundirse con intenciones vagas de hacer algo por los otros hombres o por la sociedad. Hay impulsos que obedecen con frecuencia a modas pasajeras de carácter superficial y vida efímera.

La convocatoria del Papa es muy diferente. Implica que hace falta prepararse para la vida con serenidad y diligencia, y dar el lugar adecuado al aspecto religioso de la formación (cfr. M, 154-155). De otro modo, los más nobles sentimientos iniciales se pueden pervertir, y llevar fácilmente al hombre joven fuera de su camino.

Es preciso mantener abiertas las vías de comunicación con Dios. «Oiréis a muchos deciros —advierte el Papa en Galway— que vuestras prácticas religiosas están irremediabilmente desfasadas, que dificultan vuestro estilo y vuestro futuro, que, con todo lo que es capaz de ofrecer el progreso social y científico, podréis organizar vuestras vidas suficientemente, y que Dios ya no cuenta. Incluso muchas personas religiosas adoptarán tales actitudes inspiradas en la atmósfera circundante, sin darse cuenta del ateísmo práctico que está en sus orígenes» (I, 83).

Sin embargo, en sus planes providentes y regeneradores del mundo, Dios cuenta una vez más con la juventud, una juventud cristiana, imaginativa y segura en su fe, que entiende el don de la libertad. «Lo que sea la Iglesia en el futuro depende de vuestra libre colaboración con la gracia de Dios» (I, 80).

6. «Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la Familia divina, es el Espíritu Santo. El tema familiar no es ajeno, por tanto, al tema del Espíritu Santo. Permitid que sobre este asunto de la familia —que ciertamente ocupará a los Obispos durante estos días— os dirija el Papa algunas consideraciones» (M, 75).

Estas palabras, pronunciadas en Puebla de los Angeles el 28 de enero de 1979, introducen en clave trinitaria una cuestión que emerge una y otra vez en casi todos los discursos y homilias papales de estos viajes.

Juan Pablo II ha realizado una intensa catequesis acerca de *la familia*. Esta catequesis no se ha limitado a exponer y recordar los principios cristianos sobre la materia. Ha tratado en todo momento de llegar al corazón y a la inteligencia de millones de hombres y mujeres cristianos, para encender sus ánimos y mover sus voluntades con las palabras del Evangelio.

«Célula básica del tejido social, considerada por el Concilio Vaticano II como *Iglesia doméstica*, la familia exige un esfuerzo evangelizador, para potenciar sus factores de crecimiento humano y cristiano y superar los obstáculos que atentan contra su integridad y finalidades» (M, 134).

El Papa se dispone a proponer a todos los padres de familia cristianos una tarea que, comenzada en el hogar de cada uno, debe incidir saludablemente en otras familias y en toda la sociedad. Está convencido de que «la salvaguardia, promoción, santificación y proyección apostólica de la vida familiar deben contar a los laicos católicos entre sus agentes más decididos y coherentes» (id.).

Es urgente que los hijos de la Iglesia se enfrenten, con voluntad de cambio y fe en Dios, a una situación de crisis. El Papa dibuja en México un panorama que, con ligeras variantes, reaparece en diversas regiones del mundo.

«La Iglesia —dice— es consciente de que en estos tiempos la familia afronta en América latina serios problemas. Ultimamente algunos países han introducido el divorcio en su legislación, lo cual conlleva una nueva amenaza a la integridad familiar. En la mayoría de vuestros países se lamenta que un número alarmante de niños nazcan en hogares sin estabilidad... Además en ciertos lugares de este *continente de la esperanza*, esta misma esperanza corre el riesgo de desvanecerse, pues crece en el seno de familias, muchas de las cuales no pueden vivir normalmente a causa de índices deprimentes de insalubridad y pobreza, ignorancia y condiciones inhumanas de vivienda, subalimentación crónica y otras plagas no menos tristes» (M, 76-77).

La defensa de la familia exige la aplicación de una política socio-familiar adecuada y generosa por parte de los poderes públicos: una política, sin embargo, que «no debe entenderse como un esfuerzo sistemático para reducir a cualquier precio el índice de natalidad» (M, 77). La Iglesia estimula cualquier iniciativa noble de los gobernantes que se traduzca en apoyo real a la institución familiar.

Pero el futuro de la familia depende principalmente de la santidad de los cristianos, cuyo logro es el cometido fundamental de la Iglesia. «Hago notar —dice el Papa— cuánto valor tiene para la familia lo que la Iglesia hace ya en América Latina para preparar a los futuros esposos al matrimonio, para ayudar a las familias cuando atraviesan en su existencia crisis normales que, bien encaminadas, pueden ser hasta fe-

cundas y enriquecedoras, para hacer de cada familia cristiana una verdadera *ecclesia domestica*, para preparar muchas familias a la misión evangelizadora de otras, para venir en ayuda de las familias incompletas...» (M, 78-79).

En último término, los cristianos deben ser conscientes de que la unidad de la familia —raíz de su bienestar humano y material— «tiene su origen en el sacramento del matrimonio, en aquella promesa solemne con que el hombre y la mujer se unen entre sí para toda la vida, repitiendo el sacramental 'no te abandonaré hasta la muerte'. Esa unidad surge del amor y de la mutua confianza» (P, 131-132).

Por eso exhorta el Papa a tener en alta estima, y si es necesario a redescubrir, la dignidad y la gracia de la unión matrimonial. «Preparaos cuidadosamente —dice—. Creced en el poder espiritual que aporta este sacramento de Jesucristo en orden a fortalecer la unión de los esposos y a vencer todas las crisis y dificultades de la vida en común. Las personas casadas deben creer en el poder de este sacramento para santificarlas; deben creer en su vocación de testigos, mediante su matrimonio, del poder y del amor de Cristo. El verdadero amor y la gracia de Dios nunca pueden permitir que el matrimonio se convierta en una relación centrada en sí misma de dos individuos que viven el uno junto al otro buscando su propio interés» (I, 150).

El Papa urge con insistencia la fidelidad matrimonial, que es un don de Dios y un fruto del esfuerzo de los cónyuges. «Amadísimos hijos e hijas —dice a los obreros de Monterrey—, pido al Señor por todos vosotros y por vuestras familias; pido al Señor por la unidad y estabilidad de los matrimonios, y porque la vida del hogar sea siempre plena y gozosa» (M, 154).

La Iglesia pide a sus hijos que son padres y madres de familia fidelidad a los compromisos conyugales, después de invitarles a considerar la vocación matrimonial que han recibido de Dios. Les dice que su «fe cristiana ha de ser más fuerte que todos los factores de crisis contemporánea» (M, 154), porque tienen un llamamiento y una gracia que les ayudarán a llegar adonde no alcanzan las solas energías humanas y el mero sentido común.

«¡Seguid a Cristo! —exhorta en Boston—. Vosotros, esposos, haceos partícipes recíprocamente de vuestro amor y de vuestras cargas, respetad la dignidad humana de vuestro cónyuge; aceptad con alegría la vida que Dios os confía; haced estable y seguro vuestro matrimonio por amor a vuestros hijos» (USA, 230).

Hay que defender la estabilidad del matrimonio y estar prevenidos contra la plaga del divorcio, que muchos en nuestra sociedad se han acostumbrado a ver con indiferencia, cuando no llegan incluso a estimarlo un bien.

«Verdad es que la estabilidad y la santidad del matrimonio han sido amenazadas por nuevas ideas y por las aspiraciones de algunos. El divorcio, sean cuales fueren las razones por las que es introducido, es in-

evitablemente cada vez más fácil de obtener, y gradualmente tiende a ser aceptado como algo normal en la vida. La misma posibilidad del divorcio en la esfera de la legislación civil dificulta la estabilidad y permanencia del matrimonio. Ojalá continúe siempre Irlanda —el Papa habla en Limerick, pero sus palabras tienen a todas las naciones por auditorio—, dando testimonio ante el mundo moderno de su tradicional empeño por la santidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un compromiso personal y de una positiva acción social y legal» (I, 149-150).

No basta que los católicos profesen privadamente la doctrina evangélica acerca de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. Han de saber que es una cuestión decisiva para el bien común de su país, y que deben procurar, por todos los medios lícitos, que se refleje también en el ordenamiento jurídico, siempre que las circunstancias socio-políticas lo permitan. En este campo, el respeto a las opiniones divorcistas de otros ciudadanos sería en realidad una claudicación, y podría encubrir falta de fe.

No menos importancia concede Juan Pablo II a la fecundidad matrimonial. «El derecho del hombre a la vida —enseña en Polonia— va unido, por voluntad del Creador, al sacramento indisoluble del matrimonio. El Creador ha dado al hombre la tierra para que la *someta* y en este dominio del hombre sobre la tierra ha basado el derecho fundamental del hombre a la vida. Tal derecho está estrechamente vinculado con la vocación del hombre a la familia y a la procreación... Así como la tierra, por decreto providencial del Creador, da fruto, también esta unión de dos personas en el amor, hombre y mujer, fructifica en una nueva vida humana» (P, 191).

«Deseo también —continúa el Papa— que la familia polaca engendre la vida y sea fiel a este sagrado derecho. Si se rompe el derecho del hombre a la vida en el momento en que comienza a ser concebido dentro del seno materno, se ataca indirectamente todo el orden moral que sirve para asegurar los bienes inviolables del hombre. La vida ocupa entre éstos el primer lugar. La Iglesia defiende el derecho a la vida, no sólo en consideración a la majestad del Creador, sino también por respeto al bien esencial del hombre mismo» (P, 192).

El tema reaparece en la importante homilía de Limerick, que es una exhortación a todos los padres irlandeses, en la que no faltan ciertos tonos proféticos. El Papa afirma que el matrimonio ha de incluir una generosa apertura hacia el don de los hijos, y que esta actitud a aceptar los hijos como regalos del amor divino es *señal característica de la pareja cristiana*.

«Respectad —dice— el ciclo de la vida establecido por Dios, porque este respeto forma parte de nuestro respeto a Dios mismo, que creó varón y mujer». «Por eso —continúa— digo a todos que tengáis un absoluto y sagrado acatamiento a la sacralidad de la vida humana desde el primer momento de su concepción. El aborto, como declara

el Conc. Vaticano II, es un *crimen abominable* (cfr. *Gaudium et Spes*). Atacar una vida que todavía no ha visto la luz, en cualquier momento de su gestación, es minar la totalidad del orden moral, auténtico guardián del bienestar humano. La defensa de la absoluta inviolabilidad de la vida no nacida forma parte de la defensa de los derechos y dignidad del hombre».

«Queridos padres y madres de Irlanda —termina el Papa— creed en vuestra vocación, en esa hermosa vocación al matrimonio y a la paternidad, que Dios os ha dado. Creed que Dios está con vosotros, porque toda paternidad en los cielos y en la tierra recibe su nombre de El. No penséis que hay algo posible en vuestra vida más importante que ser un padre y una madre cristianos... El futuro de la Iglesia, el futuro de la humanidad dependen en gran medida de los padres y de la vida familiar que construyan en sus hogares. La familia es la verdadera medida de la grandeza de una nación, del mismo modo que la dignidad del hombre es la auténtica medida de la civilización» (I, 151-152).

7. El Papa no cesa de interpelar de modos diversos a todos los cristianos que trabajan en los múltiples oficios y profesiones de la sociedad, para decirles que hacer las cosas por Dios exige también hacerlas por sí mismas. «Las grandes fuerzas que configuran el mundo —política, medios de comunicación social, ciencia, tecnología, cultura, educación, industria— constituyen precisamente las áreas en las que los seglares son especialmente competentes para ejercer su misión. Si estas fuerzas están conducidas por personas que son verdaderos discípulos de Cristo, y al mismo tiempo plenamente competentes en el conocimiento y la ciencia seculares, el mundo será ciertamente transformado desde dentro mediante el poder redentor de Cristo» (I, 144-145).

Los laicos deben realizar su trabajo en el mundo con responsabilidad y preparación técnica. Juan Pablo II quería detenerse en todos y cada uno de los quehaceres humanos nobles para mostrar el estilo sobrenatural y cívico con que un buen cristiano debería desempeñarlos. Todos son importantes. «¿Cómo olvidar —dice— el mundo de la enseñanza, donde se forjan los hombres del mañana; el terreno de la política, para que siempre responda a criterios de bien común; el campo de los Organismos internacionales, para que sean palestras de justicia, esperanza y entendimiento entre los pueblos; el mundo de la medicina y del servicio sanitario donde son posibles tantas intervenciones que afectan muy de cerca al orden moral; el campo de la cultura y del arte, terrenos fértiles para dignificar al hombre en lo humano y en lo espiritual?» (M, 135; cfr. USA, 323-24).

De modo particular le interesa destacar la singular tarea de los que ejercen funciones públicas o desempeñan cargos políticos. Viene a decirles que no representan solamente a aquellos que les han designado o elegido, sino que les legitima y compromete además un mandato más alto, al que también deben fidelidad. Es un imperativo superior que les

«obliga a servir al bien común, respetar al hombre concreto, amar la verdad y practicar *juego limpio*, aun en medio de las tensiones y diferencias de la vida política.

«La responsabilidad de ustedes —dice— es servir al pueblo, en su nombre y para su progreso, a través del mandato que el pueblo les ha confiado. Pero existen también principios que son de un orden superior y sin los cuales ninguna sociedad podrá nunca fomentar el verdadero bien común. No necesito enumerar ante ustedes las demandas de justicia, la vida pacífica en sociedad, el respeto y protección a la dignidad que proviene de la verdadera naturaleza y destino de todo ser humano como creatura del amor de Dios» (I, 49).

Los políticos no tienen solamente el cometido de evitar catástrofes. Han de buscar la justicia con la acción de gobierno, y demostrar hoy con hechos fehacientes que la violencia no es solución ni respuesta a los problemas de una sociedad. «Os insto a vosotros, que habéis sido llamados a la noble vocación de la política —había dicho el Papa en Dublín a parlamentarios y miembros del gobierno irlandés— a tener valentía para afrontar vuestra responsabilidad y ser líderes en la causa de la paz, de la reconciliación y de la justicia» (I, 40).

VI. LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS

1. En los primeros momentos de su Pontificado, Juan Pablo II se había ocupado ya del ecumenismo, para anunciar su firme propósito de avanzar hacia la unión de los cristianos en la línea señalada por el Concilio, con fidelidad plena a todos los aspectos de la verdad revelada (cfr. *Enseñanzas 1978*, 139-140). Meses después definía la acción ecuménica como el «gradual encuentro en la plenitud de la verdad» (cfr. *Osserv. Rom.* ed. española, 18.XI.79; 18).

Los viajes de 1979 han demostrado el empeño ecuménico del pontífice que, a pesar del tono prudente empleado en sus alocuciones, desea eficazmente la continuación de un diálogo que estima, por voluntad de Dios, irreversible.

En el discurso pronunciado ante los Obispos irlandeses afirmaba, con palabras de la Encíclica *Redemptor Hominis*, que «en la presente situación histórica de la cristiandad y del mundo, no se ve otra posibilidad de cumplir la misión universal de la Iglesia, en lo concerniente a los problemas ecuménicos, que la de buscar lealmente, con perseverancia, humildad y valentía las vías de acercamiento y de unión... Debemos por tanto buscar la unión sin desanimarnos frente a las dificultades que pueden presentarse o acumularse a lo largo de este camino. De otra manera no seremos fieles a la Palabra de Cristo, no cumpliremos su testamento» (n. 6). (I, 119-120).

No han faltado, precisamente en la ensangrentada tierra de Irlanda, ilustraciones vivas de este sincero ánimo romano de unión en la verdad de Cristo. A propósito de los tristes enfrentamientos entre las comunidades diversas que habitan el norte de la isla, el Papa se ha opuesto tajantemente a diagnosticar la crisis como una guerra de religión. «Por el contrario —dice— católicos y protestantes, como el pueblo que confiesa a Cristo y se inspira en su fe y en el Evangelio, están tratando de unirse cada vez más en comunión y paz» (I, 29). El origen religioso común es un factor que debe aglutinar y no separar.

«Mi plegaria ferviente —proclama el Papa— es que todos los hombres de esta isla desplieguen su valor y encuentren vías de solución para este problema, que no es de naturaleza religiosa, sino que tiene origen en un conjunto de motivos históricos, sociales, económicos y políticos» (I, 49-50).

Juan Pablo II no habla de la unión de los cristianos con un tono de fácil optimismo. Tiene conciencia de las dificultades. Pero sus palabras manifiestan esperanza y la ilusión de cubrir objetivos concretos. Atisba el futuro con una cierta mirada de lejanía y, sin embargo, habla de un urgente quehacer para la hora presente. «Sin prisa y sin pausa» podría ser muy bien su lema ecuménico. Piensa que las confesiones protestantes ganarán mucho más que la Iglesia romana en el diálogo de la unidad, pero sabe también que el mundo católico necesita la unión de todos los cristianos, y actúa en consecuencia.

«Nuestro deseo de unidad cristiana —dice en Dublín— brota de la necesidad de ser fieles a la voluntad de Dios revelada en Cristo. Porque además resulta que esa unidad en Cristo condiciona la eficacia de la evangelización y es determinante para la credibilidad de nuestro testimonio ante el mundo. Cristo oró por la unidad de sus discípulos precisamente *para que el mundo crea...*» (I, 57-58).

Más adelante sus palabras adquieren cierto énfasis cuando asegura: «que nadie dude del empeño de la Iglesia católica y de la Sede Apostólica de Roma para alcanzar la unidad de los cristianos. Cuando en noviembre pasado me encontré con los miembros del Secretariado para la Unidad, hablé del *escándalo intolerable de la separación*, y dije que la marcha hacia la unidad no puede detenerse hasta haber alcanzado la meta... La obra de reconciliación, el camino hacia la unidad puede ser largo y difícil. Pero como en el camino de Emaús, el mismo Señor va con nosotros, y estará con nosotros hasta llegar el ansioso momento de poder reunirnos y de reconocerle en la S. Escritura y en la fracción del pan» (I, 58-59).

Supone una gracia de Dios para todos los cristianos que el Espíritu Santo haya suscitado fuertemente en sus corazones «el deseo real de una vida nueva» en la original unidad de la Iglesia (cfr. I, 57). El Espíritu del Señor enseñará a cada parte del diálogo ecuménico los pasos que debe dar y la distancia que le corresponde recorrer hasta la unión.

Los deseos de unidad se ven reforzados hoy por un acercamiento afectivo que ha creado las condiciones necesarias para un entendimiento sobrenatural y desapasionado. Saben bien los cristianos que el ecumenismo no es un lujo ni un fenómeno coyuntural. Se hacen cargo asimismo de que en el mutuo acercamiento no puede exactamente hablarse de equidistancias ni de simetrías.

La Iglesia católica, por su parte, se ha embarcado en una empresa de *renovación interna*, que el Papa juzga «aportación indispensable a la tarea de la unión», pues «al crecer cada uno en nuestras Iglesias respectivas en la investigación sobre la Sagrada Escritura, en la fidelidad y continuidad de las antiguas tradiciones de la Iglesia cristiana, y en voluntad de santidad y autenticidad de vida, nos iremos acercando más a Cristo y en consecuencia también unos a otros en Cristo» (I, 59-60).

La cuestión ecuménica es asunto de estudio. «Debemos orar y estudiar al mismo tiempo» (USA, 364). El trabajo teológico permitirá localizar claramente las diferencias confesionales, y determinar cuáles son accidentales y cuáles no lo son. Deberá mostrar a todos —si está bien dirigido— las falsas vías de unión y las soluciones aparentes, como, por ejemplo, la intercomunión, «que no es la respuesta a la llamada de Cristo a la perfecta unidad» (id.).

Sin embargo, la *conversión interior* es imprescindible, porque la unidad es un don de Dios que sólo se concede si el diálogo ecuménico se lleva adelante con intención recta y buena voluntad. Dado que el pecado creó la desunión, sólo la virtud y la gracia podrán remediarla.

«Es importante por tanto que cada uno examine su corazón para ver lo que puede obstruir el logro de la total unión entre los cristianos; y que todos recemos para que la necesidad de ser pacientes en la espera de la hora de Dios nunca sea ocasión de complacencia en el *status quo* de la división en la fe» (USA, 452-53).

La gradualidad del proceso ecuménico implica, en verdad, desarrollo a lo largo del tiempo y una maduración de circunstancias que lo faciliten. Pero la unión futura no podrá excluir saltos y avances cualitativos, a modo de saludables *tirones* centrípetos, que sitúen a algunos interlocutores del diálogo en una situación nueva.

Estas crisis de alumbramiento serán necesarias, pues sin ellas no se haría realidad en muchos casos el propósito sincero de unión, que exigirá a los separados renunciar a unas doctrinas y adoptar otras. Bien entendido que no se trata solamente de elaborar unas buenas conclusiones teológicas que la inteligencia pueda aceptar: la unión requiere docilidad a mociones interiores del Espíritu Santo y obediencia a la gracia.

2. En el marco de estos principios, el acercamiento entre la Iglesia Romana y la Iglesia Ortodoxa presenta, sin embargo, características peculiares. De hecho el Papa ha querido subrayar la importancia que concede a esta aproximación ecuménica respecto a las Iglesias orientales con un viaje que desea ser un paso decisivo hacia la unión.

Le parece que la letra y el espíritu del Concilio Vaticano II, que ha manifestado la riqueza y complementariedad de las tradiciones *católicas* de Oriente y Occidente como *bien común de toda la cristiandad*, obligan particularmente a superar la división ocurrida en el siglo XI (cfr. *Osserv. Rom.* 9.XII.79, pág. 1).

Se suma a estas poderosas razones el esperanzado barrunto, expresado durante el viaje a Polonia, de que quizás el Espíritu Santo quiere que un Papa eslavo manifieste y providencialmente lleve a cabo «la unidad espiritual de la Europa cristiana», compuesta por las grandes tradiciones oriental y occidental (cfr. P, 57).

Con estos sentimientos, Juan Pablo II explicaba así, en el curso de una solemne liturgia en compañía del Patriarca Dimitrios I, el sentido de su visita a Constantinopla: «el Sucesor de Pedro ha querido venir a participar en esta plegaria. Esta visita a la primera sede de la Iglesia ortodoxa muestra claramente la voluntad de toda la Iglesia católica de avanzar en el camino hacia la unidad de todos, así como su convicción de que el restablecimiento de la plena comunión con la Iglesia ortodoxa es etapa fundamental en el progreso decisivo de todo el movimiento ecuménico. Quizás nuestra división no ha dejado de influir sobre las demás divisiones que la han seguido» (id. 12).

Gravita efectivamente sobre la iniciativa del Papa y la cálida acogida que los cristianos orientales le han dispensado, la convicción sincera de que la futura unión de Roma y los Patriarcados ortodoxos resulta no sólo conveniente sino indispensable para la unión final de todas las denominaciones cristianas. En el sentir del Papa, la unión con los protestantes depende de alguna manera de la unidad entre Roma y los orientales, así como éstos no han ocultado que las confesiones nacidas de la Reforma que aspiran a unirse con la Ortodoxia han de progresar simultáneamente en su acercamiento a Roma.

El encuentro de Constantinopla se ha caracterizado por la claridad y el afecto. No se han escondido ni desdibujado los obstáculos, pero todo manifestaba el deseo de vencerlos y hasta una prisa razonable para superarlos.

«No podremos concelebrar.—dice el Papa en la Catedral católica del Espíritu Santo—. He aquí el signo más doloroso de desgracia introducido por la división en la única Iglesia de Cristo. Pero gracias a Dios celebramos ya juntos desde hace algunos años la fiesta de los protectores de nuestras Iglesias, como prenda y voluntad efectiva de la plena concelebración.

«La comunión en la oración —continúa— nos conducirá a la plena comunión en la Eucaristía. Me atrevo a esperar que este día esté próximo. Personalmente lo desearía muy cercano. ¿No tenemos ya en común la misma fe eucarística y los verdaderos sacramentos, en virtud de la Sucesión Apostólica? Deseemos que la comunión total en la fe, especialmente en el ámbito eclesiológico, permita pronto esta plena «*communicatio in sacris*» (id. 11).

Se diría que el Papa quiere ver hecha realidad dentro de su Pontificado la reunión con los ortodoxos. Porque la ve humanamente posible, y sobre todo porque confía en una operación desbordante del Espíritu de Dios. Se trata entonces de salir con generosidad al encuentro de la gracia.

«Nos encontramos ahora al final del segundo milenio —afirma en San Jorge del Fanar ante el Patriarca Dimitrios—. ¿No sería hora de apresurar el paso hacia la perfecta reconciliación fraterna, a fin de que el alba del tercer milenio nos encuentre en pie unos al lado de otros, en la comunión plena, para testimoniar juntos la salvación delante del mundo, cuya evangelización espera este signo de unidad?»

«La cuestión que debemos plantearnos —continúa— no es tanto la de saber si podemos restablecer la plena comunión, sino más bien si tenemos aún derecho de permanecer separados» (id. 12).

Poco antes, el Papa ha escuchado de labios de Dimitrios I palabras que parecen ya una prenda segura de unidad. «Este encuentro de hoy —dice el Patriarca— está destinado al mañana de Dios, un mañana que vivirá de nuevo la unidad, la confesión común, más aún, la plena comunión en la divina Eucaristía» (id. 9).

De momento tienen la palabra las comisiones teológicas que van a comenzar pronto sus sesiones. Pero Juan Pablo II ha querido dejar también el asunto en las manos de Santa María, y por eso ha hecho de Efeso la última etapa de su viaje a Turquía. Allí ha formulado un compromiso y una petición fervorosa.

«Especialmente queremos comprometernos a los pies de esta nuestra Madre común —dice en su oración a la Virgen— a llevar adelante, con toda energía y en actitud de total disposición a las mociones del Espíritu Santo, el camino hacia la perfecta unidad de todos los cristianos. Bajo su mirada maternal estamos prontos a reconocer nuestras recíprocas culpas, nuestros egoísmos, nuestras morosidades. Ella ha engendrado un Hijo único, y nosotros por desgracia se lo hemos dividido. Es un hecho que nos produce malestar y pena.

«Confiamos a María el sincero propósito de no descansar hasta que lleguemos felizmente a la meta» (id. 15).

VIII. AL RESCATE DEL HOMBRE

Las palabras que encabezan esta sección podrían servir de emblema para este Pontificado. Los discursos de Juan Pablo II representan en verdad una neta toma de postura a favor del hombre, entendido no genéricamente a modo de naturaleza humana, sino de modo concreto. Es decir, el Papa se pronuncia a favor de *cada hombre*, puesto que cada hombre existente, cada hombre real, debe ser respetado, defendido de sí mismo y del ambiente agresivo que le rodea, y confrontado con su verdadera ima-

gen: sólo esta saludable confrontación puede liberar todas sus energías y ayudarle a realizar su destino humano y divino.

Estas consideraciones adquieren carácter programático desde los comienzos del actual Pontificado, y se expresan ya en el mensaje de Navidad de 1978. Pero los viajes de 1979, en su variedad de recorridos, oyentes y cuestiones específicas planteadas en cada país, han permitido el desarrollo de estas ideas centrales.

1. En la solicitud por cada hombre, expresada por el Papa de modo continuo convergen un tema naturalmente Evangélico que refleja el amor de Dios en Jesucristo mostrado individualmente a cada ser humano, y la dinámica de los principios personalistas afirmados repetidamente por Juan Pablo II en sus escritos anteriores y posteriores a la elección papal¹.

En base a la noción del hombre como criatura hecha a imagen de Dios, es decir, del hombre entendido como persona, es posible a la teología cristiana, y desde otra perspectiva complementaria a toda correcta antropología, referirse al hombre como ser único y centro del mundo creado y no como función variable y relativa de la sociedad, del Estado, de ideologías más o menos nobles, o de intereses materiales y egoístas de individuos o grupos. En el universo visible sólo el hombre y su destino poseen naturaleza de fin. Los demás seres y realidades, culturales y naturales, son únicamente medios que deben servir al ser humano.

Estos principios, que la Iglesia ha procurado tener en cuenta y llevar a la práctica desde sus comienzos, están radicalmente incorporados a su tarea de ofrecer la gracia de Cristo, y con ella la salvación, a cada hombre. El pueblo de Dios, aunque sea numeroso e incontable como las arenas del mar, es un conjunto medido de personas irrepetibles, y exactamente lo mismo le sucede a la humanidad.

Este hecho debe constituir un punto de referencia, un estímulo, una llamada para todos los que por algún título tratan cuestiones de humanidad o de Iglesia. Se ocupan nada menos que del hombre. No tratan, si son pastores o gobernantes, de la idea de hombre, sino del hombre mismo. Este pensamiento era expresado por Juan Pablo II cuando rodeado, en México de inmensa muchedumbre formulaba el siguiente comentario: «este encuentro ofrece en cierto sentido, con la riqueza de sus contenidos y la multiplicidad de sus manifestaciones, un contexto vivo a las tareas que juntamente con los obispos de América Latina hemos afrontado en el ámbito de la III Asamblea general de este Episcopado» (M, 205).

La muchedumbre, suma exacta de hombres concretos, explica y justifica todo lo demás en el orden del pensamiento y deliberación pastorales. Este es precisamente el espíritu que presidió ya la anterior Asamblea del Episcopado latinoamericano: «con su opción por el hombre latinoamericana-

1. Cfr. José Luis ILLANES, *Fe en Dios, Amor al hombre: la antropología teológica de Karol Wojtyla. Análisis de sus escritos en castellano*, Scripta Theologica XI (1979) 300 s.

no visto en su integridad —recuerda el Papa en Ciudad de México al principio de su viaje—, con su amor preferencial pero no exclusivo por los pobres, con su aliento a una liberación integral de los hombres y de los pueblos, Medellín, la Iglesia allí presente, fue una llamada de esperanza hacia metas más cristianas y más humanas» (M, 56).

El Papa mantiene en todo instante un gesto de saludo personal. Sus ojos se fijan en personas, que en este caso no llegan a ser incontables porque serían contadas e interpeladas afectuosamente una a una si el tiempo y las circunstancias lo permitieran. Las palabras del Pontífice no dejan duda el respecto cuando se dirige, por ejemplo, a los habitantes de Boston: «Saludo —dice— a todos los americanos sin distinción; deseo encontraros y deciros a todos... que Dios os ama, que, en cuanto seres humanos, os ha conferido una dignidad incomparable. Deseo decir a cada uno que el Papa es vuestro amigo y siervo de vuestra humanidad» (USA, 222).

El título venerable de *servus servorum Dei* parece experimentar ahora un alargamiento que revela en realidad su más profundo sentido. Las palabras pronunciadas en Chicago ante la multitud que le rodea lo afirman vigorosamente: «¡Cuánto me gustaría encontrarme con cada uno de vosotros personalmente, visitaros en vuestras casas y pasear por vuestras calles para poder comprender mejor la riqueza de vuestra personalidad y la profundidad de vuestras aspiraciones!

«Porque al venir aquí quiero mostrar —más allá del límite de la fe católica, e incluso más allá de toda religión— mi respeto por el hombre y la humanidad que encierra cada ser humano. El Cristo, a quien yo represento indignamente, me ha enseñado a hacer esto» (USA, 331).

«Envío mis saludos —había dicho poco antes— a todos los habitantes de N. York. De un modo especial mi corazón está con los pobres, con los que sufren, con aquellos que se encuentran solos y abandonados en medio de esta populosa metrópoli» (USA, 232).

Solemnidad y sencillez se unen en estas expresiones. Son el modo más inmediato de declarar sin estridencia ni timidez el único fin del viaje apostólico, que se recoge en las palabras pronunciadas ante la Asamblea General de las Naciones Unidas: «proclamando la incomparable dignidad de cada ser humano y manifestando mi firme confianza en la unidad y la solidaridad de todas las naciones, he podido afirmar una vez más un principio básico de mi Encíclica: 'en definitiva, la paz se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre' (*Redemptor Hominis*, 17)» (ONU, 209).

2. El Papa busca la comunicación con el hombre concreto, y lo hace por encima de cualquier estructura colectiva de índole natural o jurídica. De momento quiere prescindir incluso de la sociedad, y viene a decir con ello que el individuo, es decir, la persona es antes y primero que aquella. Dado que las afirmaciones papales son siempre cordiales y constructivas y nunca buscan innecesariamente la polémica o el enfrentamiento,

no aparece en ellas ninguna referencia directa y nominal a las insuficiencias teóricas y prácticas de los socialismos contemporáneos, se llamen «populares» o democráticos. Pero es evidente que múltiples observaciones del Pontífice manifiestan las graves reservas que el colectivismo y su ideario secularizador han suscitado siempre al pensamiento cristiano.

La persona está asimismo por encima del Estado. Lo recordó el Concilio Vaticano II al censurar la pretendida omnipotencia jurídica del aparato estatal. Lo recuerda de nuevo Juan Pablo II a las autoridades polacas en las palabras con las que exhorta a buscar y realizar la justicia. Después de insistir en la idea —declarada ya al cuerpo diplomático el 12 de enero de 1979— de que «la Sede Apostólica desea ante todo expresar su estima profunda por cada nación y cada pueblo, por su tradición, cultura y progreso en todos los órdenes» y que «el Estado, en cuanto expresión de la autodeterminación soberana de pueblos y naciones, constituye una realización normal del orden social» (P, 113), el Papa designa el bien de la persona concreta como objetivo ordinario y razón de ser del Estado. «Bien vemos —dice en el mismo lugar— que la humanidad está dividida de muchas maneras. Se trata también y antes de nada de divisiones ideológicas vinculadas a sistemas estáticos, diferentes. La búsqueda de soluciones que permitan a las sociedades humanas cumplir las propias tareas y vivir en justicia, es quizá el signo principal de nuestro tiempo. Hay que respetar todo lo que pueda favorecer esta gran causa, sea en el régimen que fuere. Hay que sacar provecho de las experiencias mutuas... La Sede Apostólica está siempre dispuesta a manifestar, y ya ha dado pruebas de ello, su apertura a todos los países y regímenes, buscando siempre el bien esencial, que es el verdadero bien del hombre» (P, 114).

Cualquiera que sea su origen y la carga ideológica que contenga, todo régimen político podría regenerarse y limpiar un eventual pasado de desaciertos —parece insinuar el Papa— si llega para él un momento de preocupación por el hombre real.

Ni siquiera situaciones excepcionales y crisis de transformación social justifican ataques casuales u organizados al hombre concreto, a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen esa dignidad. Esta vez es la turbada escena de Centro y Sudamérica la que motiva fundamentalmente las palabras de Juan Pablo II a los miembros de la Organización de Estados Americanos que le escuchan en Washington: «Si ciertas ideologías y formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado el hombre, sus derechos y su dignidad, cesarían aquéllas, en la misma medida, de ser humanas, y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano... En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una

seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es una farsa...» (USA, 404-405).

La persona humana corre en verdad el riesgo de ser absorbida y sepultada por las ideologías. En ocasiones innumerables ha sucumbido a ellas a lo largo de nuestro siglo, y se ha visto forzada con frecuencia a recorrer caminos sin retorno. El hombre, débil y confundido, es engañado por credos políticos que se proclaman liberadores y originan en realidad más problemas individuales y colectivos que los que vienen a resolver. Cuando se introduce la ideología y su secuela de dogmatismos injustificados y niveladores, las palabras más nobles se vacían de todo contenido genuino. Este contenido sólo puede serles devuelto a partir de una recta noción de la persona humana y de sus verdaderos intereses globales.

«¡El hombre! El hombre —exclama el Papa ante la OEA— es el criterio decisivo que ordena y dirige incesantemente todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de ella son colocados de nuevo explícitamente en el centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana» (USA, 405-406).

Esta perspectiva permite detectar el egoísmo y la irracionalidad de ideologías totalitarias, que al amparo de una veste científica logran impresionar a muchos hombres de buena voluntad. No os dejéis «intimidar o desanimar —dice el Papa a la muchedumbre de todas las confesiones que le escuchan en el Yankee Stadium de Nueva York— por explicaciones simplistas que son explicaciones ideológicas más bien que científicas, encaminadas a motivar un mal complejo en una sola causa» (USA, 245-246).

3. Encuentra aquí un lugar al tratamiento moral de la terrible deformación que induce a algunos a acudir al terrorismo como vía para solucionar situaciones sociales o políticas que estiman injustas. El Papa se enfrenta en Irlanda con este angustioso problema, se dirige especialmente a los jóvenes, y no incurre en la vulgar solución de cargar sobre la sociedad todas las faltas que suelen tener a la juventud como protagonista típico.

Juan Pablo II desea que las personas a quienes habla, sean inductores o ejecutores, se valoren como seres libres y acepten su propia responsabilidad, a la vez que les exhorta dramáticamente a sentir y obrar de otro modo.

«Es grande nuestra preocupación —dice en el santuario mariano de Knock— por los jóvenes que están implicados en sangrientos actos de venganza y odio...», e invocando a la Virgen exclama: «enseñanos a distinguir con claridad lo que nace del amor a nuestro país de lo que está marcado por la destrucción y la idea de Caín. Enseñanos que los medios malos nunca pueden conducir a un fin bueno; que toda vida humana es sagrada; que el asesinato es siempre asesinato, sean cuales fueren el móvil y el fin» (I, 106).

El día anterior, dentro de una memorable homilía pronunciada en el Phoenix Park de Dublín, Juan Pablo II había dicho que «el cristianismo no nos exige cerrar los ojos a los difíciles problemas humanos. No nos impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por caminos del odio o del asesinato de personas indefensas, con métodos terrorísticos. Diría más: el cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia, pero se opone decididamente a fomentar el odio y a promover o provocar la violencia o la lucha por sí mismas. El mandamiento *no matarás* debe guiar la conciencia de la humanidad, si no quiere repetir la terrible tragedia y destino de Caín» (I, 30). E invitaba a «llamar por su nombre a esos sistemas e ideologías que son responsables de esta lucha» (I, 31).

Más adelante las palabras del Papa adoptaban un tono todavía más inequívoco. «Quiero hoy unir mi voz a la voz de Pablo VI y de mis predecesores, a las voces de vuestros jefes religiosos, a las voces de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para proclamar, con la convicción de mi fe en Cristo y con la conciencia de mi misión, que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de la vida, la libertad del ser humano. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. Pido con vosotros que el sentido moral y la convicción cristiana de los hombres y mujeres irlandeses no sean nunca obnubilados y embotados por la mentira de la violencia, que nadie pueda llamar nunca al asesinato con otro nombre que el de asesinato, que a la espiral de la violencia no se le dé nunca la distinción de lógica inevitable o de represalia necesaria» (I, 34-35).

Esta violencia, hija mayor de la ideología que se hace un absoluto y se convierte en fin de sí misma, «retrasa el día de la justicia» (I, 37) en vez de propiciarlo.

El Papa cierra este discurso histórico —que podría haberse pronunciado en numerosos lugares de la tierra— con un llamamiento a los jóvenes que corren el peligro de confundir el compromiso social y político con una carrera de crimen. «Hago un llamamiento —dice— a los jóvenes que pueden ser atrapados en organizaciones comprometidas en la violencia. Os digo con todo el amor que siento por vosotros, con toda la confianza que tengo en los jóvenes: no escuchéis las voces que hablan

el lenguaje del odio, de la revancha y de la venganza. No sigáis a ningún líder que os lleve por caminos que infligen muerte. Amad la vida; respetad la vida, en vosotros mismos y en los demás. Entregaos al servicio de la vida, no a la obra de la muerte. No penséis que la valentía y la fuerza se prueban matando y destruyendo. La verdadera valentía está en trabajar por la paz. La verdadera fuerza consiste en uniros con los jóvenes de vuestra generación para construir una sociedad justa, humana y cristiana por los caminos de la paz. La violencia es enemiga de la justicia...

«Queridos jóvenes, aunque hayáis sido atrapados en los caminos de la violencia, incluso hayáis llevado a cabo actos de violencia, volved a Cristo, cuyo don de despedida al mundo fue la paz. Solamente si volvéis a Cristo, hallaréis paz para vuestras conciencias perturbadas y reposo para vuestras almas angustiadas» (I, 37-38).

4. La opción consecuente por el hombre —que no es nunca un individuo aislado— implica la búsqueda del bien común, y supone en concreto el apoyo a las comunidades naturales donde el hombre expresa libre y espontáneamente —antes que en el Estado u otras sociedades de índole más bien jurídica— su ser personal y social.

De una manera viva y directa, con acentos no privados de una cierta emotividad, el Papa desarrolla en diversos momentos de sus viajes ideas sencillas y profundas sobre la importancia de los grupos humanos primigenios —familia, comunidad local, etnias— para el verdadero y completo desarrollo de la persona que nace y vive dentro de ellos.

Sus observaciones parecen un comentario práctico a diversas afirmaciones contenidas en la Constitución *Gaudium et Spes* (cfr. n. 26) y apuntan a contrarrestar la influencia de fuerzas totalitarias que bajo pretexto de una falsa fraternidad o de un excesivo centralismo tienden a disolver y hasta a liquidar grupos naturales débiles o minoritarios. En los discursos pronunciados en Polonia, estas consideraciones papales cristalizan en torno a la idea de patria, y además de contener un magisterio expresan vivos sentimientos personales.

«Nosotros polacos —dice el Papa— sentimos de modo particularmente profundo el hecho de que la razón de ser del Estado es la soberanía de la sociedad, de la nación, de la patria. Lo hemos aprendido a lo largo de todo el arco de nuestra historia y especialmente a través de las duras pruebas de los últimos siglos. No podemos olvidar esa terrible lección histórica que fue la pérdida de la independencia de Polonia... Esta dolorosa y, en su esencia, negativa experiencia, se ha convertido como en una nueva fragua del patriotismo polaco. La palabra *patria* tiene para nosotros un significado tal, conceptual y a la vez afectivo, que las otras naciones de Europa y del mundo no parecen conocerlo, especialmente las que no han experimentado —como nuestra nación— daños históricos, injusticias y amenazas...

«En los telegramas y escritos que los más altos representantes de las autoridades estatales polacas se han dignado enviarme, con motivo

de la inauguración del pontificado y de la actual invitación, volvía de nuevo el pensamiento de la paz, de la convivencia, del acercamiento entre las naciones del mundo contemporáneo. Ciertamente, el deseo expresado en este pensamiento tiene un profundo sentido ético. Detrás de él está también la historia de la ciencia polaca... La paz y el acercamiento entre los pueblos sólo se pueden construir sobre el principio del respeto a los derechos objetivos de la nación, tales como el derecho a la existencia, a la libertad, a ser sujeto socio-político y además a la formación de la propia cultura y civilización» (P, 19-21).

El cristianismo recoge y tiene muy en cuenta este aspecto *nacional* y legítimo del ser humano, que no es únicamente una cifra de humanidad. «Estableciendo un contacto religioso con el hombre, la Iglesia lo consolida en sus naturales vínculos sociales... Esto deriva de la misión fundamental de la Iglesia, que en todas partes y siempre desea hacer al hombre mejor, más consciente de su dignidad, más dedicado en su vida a los compromisos familiares, sociales, profesionales y patrióticos» (P, 23).

El grupo nacional no es solamente el *suelo* del hombre concreto. Es también el punto de inserción de los valores religiosos, que se conservan y crecen así a lo largo del tiempo, y están siempre a disposición de los individuos singulares. El Papa advierte de nuevo en su tierra natal el ejemplo vivo de esta realidad.

«Si es justo entender —dice— la historia de la nación a través del hombre, de cada hombre de esta nación, simultáneamente no se puede comprender al hombre fuera de esta comunidad nacional. Es natural que ésta no sea la única comunidad, pero es una comunidad especial, quizá la más íntimamente unida a la familia, la más importante para la historia espiritual del hombre.

«Por lo tanto no es posible entender sin Cristo la historia de la nación polaca —de esta gran comunidad milenaria— que tan profundamente incide sobre mí y sobre cada uno de nosotros. Si rehusamos esta clave para la comprensión de nuestra nación, nos exponemos a un equívoco sustancial. No nos comprendemos entonces a nosotros mismos. Es imposible entender sin Cristo a esta nación con un pasado tan espléndido y al mismo tiempo tan terriblemente difícil... Es imposible comprender la historia de Polonia desde Estanislao a Maximiliano Kolbe, si no se aplica a ellos también ese único y fundamental criterio que lleva el nombre de Jesucristo...

«El milenio del bautismo de Polonia... constituye el motivo principal de mi peregrinación, de mi oración de acción de gracias junto a todos vosotros, a quienes Jesucristo no cesa de enseñar la gran causa del hombre; junto con vosotros, para quienes Jesucristo no cesa de ser un libro siempre abierto sobre el hombre, sobre su dignidad, sobre sus derechos y también un libro de ciencia sobre la dignidad y los derechos de la nación» (P, 32-33).

Individuo y nación se implican mutuamente, hasta el punto que no pueden pensarse por separado. Así como la humanidad no debe concebirse, en términos cristianos, como un ser abstracto a cuyo utópico futuro se sacrifiquen los individuos singulares, tampoco ha de verse la nación como una entidad anónima que pueda pedir cualquier sacrificio moral a la persona concreta.

La nación es la realidad viva, con raíz histórica, que ayuda al hombre a la consecución de su verdadero ser. «Los delegados que redactaron la Carta de las Naciones Unidas —recuerda el Papa en la sede de la ONU— tuvieron una visión de unidad y cooperación gubernamental, pero tras las naciones veían también a los individuos, y querían que cada ser humano fuera libre y disfrutara de sus derechos básicos. Hay que mantener esta inspiración fundamental» (ONU, 199).

El Papa *mejora* y enaltece con esta observación las intenciones y perspectivas de los fundadores de la ONU, que estarían sujetos en cierta medida a los oportunismos y urgencias del momento político. Pero su afirmación no es arbitraria ni simplemente diplomática, porque los primeros miembros de la ONU ponían en marcha un proyecto que, a pesar de sus eventuales limitaciones de fundamento y actitud, contenía promesas importantes para el futuro.

Se diría además que para Juan Pablo II, testigo presencial de terribles acontecimientos de la historia europea, el comunismo —totalitario y destructor del hombre— es más peligroso, si cabe, que los fascismos históricos, porque éstos engañan con las ideas de patria y de raza, y reflejan pronto su carácter egoísta y discriminatorio, mientras que el comunismo seduce con la idea de humanidad y de igualitarismo, y tarda así más tiempo en ser desenmascarado.

La valentía de estos diagnósticos incluye la disposición nada oportunista a escuchar críticas y padecer incomprendiones. El Papa las espera para sí mismo y para quienes se hagan eco de sus palabras. «Hermanos en Cristo —dice a los obispos de Estados Unidos— si proclamamos la verdad en el amor, no nos es posible evitar toda crítica; ni es posible complacer a todos. Pero es posible trabajar realmente por el bien de cada uno» (USA, 362).

VIII. EL HOMBRE SEGÚN JESUCRISTO

1. «Cada vez que el propio hombre es objeto de investigación —decía el Papa en la Universidad Católica de Washington—, ningún método individual o combinación de métodos podrá desentenderse de examinar la naturaleza completa del hombre, por encima de cualquier otro aspecto puramente natural. Teniendo ante los ojos la verdad total sobre el hombre, el cristiano, en sus estudios y en sus enseñanzas, rechazará cualquier visión parcial de la realidad humana y se dejará iluminar por su fe en la creación del hombre por Dios y en la redención obrada por

«Cristo» (USA, 443). La apuesta por el hombre que Juan Pablo II quiere proclamar no es un elogio irracional o romántico de lo humano, como una respuesta oportuna a la moda del tiempo, ni es tampoco la exaltación ingenua de un inexistente hombre ideal o futuro. El Papa desea transmitir, o en su caso recordar, un mensaje sapiencial y cristiano acerca del verdadero ser del hombre.

Es este mensaje, a veces implícito y a veces claramente manifestado lo que da sentido a todos sus gestos y palabras. El Papa no ha llegado hasta sus interlocutores simplemente para dirigirles fáciles alabanzas o expresarles buenos deseos convencionales. El compromiso que ha asumido con cada ser humano, y que desea ratificar con estos viajes, incluye antes que nada una palabra fundamental acerca de la persona, su origen, condición y destino.

El discurso inaugural de la tercera Conferencia general del Episcopado Latinoamericano contiene un texto que puede considerarse programático: «La verdad que debemos al hombre —dice el Papa en Puebla el 28 de enero de 1979— es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Como testigos de Jesucristo como heraldos, portavoces, siervos de esta verdad que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política, y que no podemos olvidar ni traicionar.

«Quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y de su destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron.

«¿Cómo se explica esta paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser —el Absoluto— y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser. La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* toca el fondo del problema cuando dice: 'El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado' (n. 22).

«La Iglesia posee, gracias al Evangelio, la verdad sobre el hombre. Esta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y de comunicar. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana.

«Frente a otros tantos humanismos, frecuentemente cerrados en una visión del hombre estrictamente económica, biológica o psíquica, la Iglesia tiene el derecho y el deber de proclamar la verdad sobre el hombre, que ella recibió de su Maestro Jesucristo. Ojalá ninguna coacción externa le impida hacerlo. Pero sobre todo, ojalá no deje ella de hacerlo por temores o dudas, por haberse dejado contaminar por otros humanismos, por falta de confianza en su mensaje original.

«Por tanto, cuando un Pastor de la Iglesia anuncia con claridad y sin ambigüedades la verdad sobre el hombre, revelada por Aquel mismo que 'sabía lo que hay en el hombre' (Ioan. II, 25), debe animarlo la seguridad de estar prestando el mejor servicio posible al ser humano.

«Esta verdad completa sobre el ser humano constituye el fundamento de la enseñanza social de la Iglesia, así como la base de la verdadera liberación. A la luz de esta verdad, no es el hombre un ser sometido a los procesos económicos o políticos, sino que esos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él» (M, 95-97).

Hay que estar prevenidos contra esa gran tentación del mundo moderno que es el «materialismo creciente» en individuos y sociedades. No basta denunciarlo como consumismo, término que puede convertirse fácilmente en un diagnóstico vacío. La gravedad del materialismo radica en su intento de reducir el hombre a una sola dimensión. Es un fenómeno que alcanza proporciones de gran epidemia. «Por tanto os invito —dice el Papa— a no perder de vista las cosas que realmente importan, las cosas del espíritu; y ante todo a recordar que es Dios quien confiere sentido a nuestra vida» (USA, 410).

En efecto, la afirmación del hombre exige la afirmación de Dios. Si el hombre ha de vivir, Dios *debe* vivir primero. Sería un trágico error imaginar a Dios como un competidor del hombre, cuando en realidad es la vida de su vida. «En el corazón del hombre se encuentra una pregunta, para la cual sólo Dios tiene respuesta: mejor dicho, para la cual sólo Dios es la respuesta» (M, 54). Dios es la respuesta no sólo a las cuestiones fundamentales de la existencia humana. Es la única respuesta al gran interrogante que constituye por sí mismo todo ser humano.

2. Mil opiniones no valen una sola mirada a la realidad. La realidad vista con ojos cristianos nos dice que el hombre no es inteligible a partir de categorías puramente terrenas, que no es un fenómeno pasajero o una luz vacilante y provisional que se enciende y se apaga. La imagen de Dios que lleva dentro —así como la llamada divina que la acompaña— permiten continuamente al hombre trascenderse a sí mismo.

Esto supone la superación de la miseria y del oportunismo moral que le amenazan y con frecuencia le dominan. Supone asimismo la capacidad de responder a la gracia hasta extremos insospechados de abnegación. El Papa ha contemplado y expuesto esta perspectiva del hombre al recordar, en el antiguo campo de concentración de Brzezinka, la vida y la muerte de Maximiliano Kolbe.

«Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (I Ioan. V, 4). Estas palabras de la Carta de San Juan —dice el Papa— me vienen a la mente y me llegan al corazón, cuando me encuentro en este lugar donde se ha llevado a cabo una particular victoria para la fe. Para la fe que hace nacer el amor de Dios y del prójimo, el único amor, el amor supremo que está dispuesto a 'dar la vida por sus amigos' (Ioan.

XV, 13). Es por lo tanto una victoria para el amor que la fe ha vivificado hasta los extremos del último y definitivo testimonio.

«Esta victoria para la fe y para el amor la ha conseguido en este lugar un hombre, cuyo nombre es Maximiliano María, cuyo apellido es Kolbe; de profesión —como escribía él mismo en los registros del campo de concentración—, sacerdote católico..., nacido de padres sencillos, laboriosos y devotos, tejedores cerca de Lodz...

«La victoria mediante la fe y el amor la consiguió este hombre en este lugar, construido para la negación de la fe —de la fe de Dios y de la fe en el hombre— y para aplastar radicalmente no sólo el amor, sino todos los signos de la dignidad humana, de la humanidad» (P, 180).

He aquí —viene a declarar Juan Pablo II— una situación límite que manifiesta el verdadero ser del hombre, porque le revela su asombrosa capacidad de infligir dolor en el papel de verdugo y sobre todo le descubre la figura que Dios ha pretendido y pretende para él al llamarle hijo: le descubre la medida de sacrificio y de entrega a los demás por Dios que puede alcanzar.

Las circunstancias ordinarias de la vida del hombre se rigen por la misma ley que ilumina los acontecimientos excepcionales que de vez en cuando la visitan. Es decir, se iluminan también desde la gracia y desde la cruz. Por eso dice el Papa a los obreros de Nowa Huta que «no se puede disociar la cruz del trabajo humano; y se anima a incluir, dentro de la homilía pronunciada en esta ciudad, observaciones de carácter biográfico.

«El cristianismo y la Iglesia —exclama— no tienen miedo al mundo del trabajo. No temen al sistema basado sobre el trabajo. El Papa no tiene miedo a los hombres del trabajo. Los ha sentido siempre muy cerca de él. Ha salido de su ambiente. Ha salido de las canteras de Zakropek, de las fábricas de Solvay en Borek Falecki, después de haber estado en Nowa Huta. A través de todos estos lugares, a través de las experiencias personales de trabajo —me permito decir—, el Papa ha aprendido nuevamente el Evangelio. Se ha dado cuenta y se ha convencido de cuán profundamente están grabados en el Evangelio los problemas contemporáneos del trabajo humano. De cómo sea imposible resolverlos a fondo sin el Evangelio» (P, 213-214).

3. Anunciar esta gran noticia, inculcar esta concepción cristiana del ser humano es la tarea fundamental de la Iglesia. «La Iglesia ofrece su ayuda —declaraba el Papa en Monterrey—. No teme denunciar con fuerza los ataques a la dignidad humana. Pero reserva lo esencial de sus energías para ayudar a los hombres y grupos humanos, a los empresarios y trabajadores, para que tomen conciencia de las inmensas reservas de bondad que llevan dentro, que ellos han hecho ya fructificar en su historia y que hoy deben dar frutos nuevos» (M, 189-190).

Con particular énfasis formulará, meses más tarde, este principio capital ante numerosos sacerdotes que le escuchan en Filadelfia: «Al cele-

brar esta Misa que reúne a los presidentes y directores de los senados y consejos presbiterales de todas las diócesis de Estados Unidos, el tema de reflexión que brota espontáneo es un tema vital: el sacerdocio en sí y su importancia central en la tarea de la Iglesia. En la Carta *Redemptor Hominis* describí esta tarea con las siguientes palabras: 'el cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a lograr familiaridad con la hondura de la redención que se realiza en Cristo Jesús' (n. 10)» (USA, 303-304).

El fin propio y directo de la Iglesia no es la promoción del mero bienestar social ni tampoco la difusión de la cultura. Mucho menos lo es la reforma temporal de la sociedad, concretada en los llamados cambios de estructuras pretendidos en y por sí mismos. Si los ilustrados de los siglos XVIII y XIX concebían la Iglesia como factor moralizante e instrumento cultural de la sociedad, no faltan hoy quienes desean utilizarla como plataforma impulsora de revolución.

En ambos planteamientos existe un lamentable error de valoración y de perspectiva. Se temporaliza una realidad sobrenatural, y se reduce a lo material el ámbito de sus actividades. Es verdad que dado su carácter divino-humano, la Iglesia no permanece ajena a cualquier iniciativa noble que afecte a la promoción completa del ser humano. Pero nunca se comporta *como una más* entre las fuerzas que postulan la reforma unidimensional de la sociedad. «Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre —dice el Papa en México—, lo hace en la línea de su misión, que aun siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos que considerar al hombre en la integridad de su ser» (M, 102).

Por lo tanto, al incluir la acción por la justicia en su misión evangelizadora, la Iglesia actúa en base a su propia visión del hombre y de los problemas humanos: visión que es muy distinta de la mantenida por concepciones laicistas, colectivistas o revolucionarias, aunque pueden existir coincidencias coyunturales o semejanzas externas en algunos postulados.

«Tengamos presente que la acción de la Iglesia en terrenos como los de la promoción humana, del desarrollo, de la justicia, de los derechos de la persona, quiere estar siempre al servicio del hombre; y del hombre tal como ella lo ve en la visión cristiana de la antropología que adopta. Ella no necesita por tanto recurrir a sistemas e ideologías, para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida» (M, 102-103).

4. El Papa insiste en el hecho de que los cristianos no pueden convertirse primordialmente en «constructores meticulosos de una justicia y una paz meramente humanas». «Somos antes que nada —dice— humildes beneficiarios de la vida misma de Dios, que es justicia y paz en el vínculo de la caridad».

La confianza en el progreso no basta para salvar al hombre. No bastan la ciencia y la tecnología. «Es necesario algo más; algo que podéis encontrar tan sólo en Cristo... —enseña el Papa a la juventud de Irlanda—. En Cristo descubriréis la verdadera grandeza de vuestra propia humanidad. El os hará entender vuestra propia dignidad como seres humanos 'creados a imagen y semejanza de Dios' (Gen. I, 26)» (I, 84).

Esta misma afirmación constituye el núcleo de diversos discursos pronunciados en Polonia, donde Juan Pablo II —que se hace eco de lo escrito en la Encíclica *Redemptor Hominis*— proclama a Cristo «la clave para comprender esa gran realidad que es el hombre» (P, 31). Las palabras del Papa señalan la figura de Jesucristo Dios y Hombre como punto de llegada para la fe cristiana, por encima de posibles reduccionismos adopcionistas, y como respuesta completa desde el principio a la incógnita del hombre. El hombre no ha producido a Cristo. Tampoco es capaz de imaginarlo antes de conocerle. Puede solamente encontrarle y mirarse en El.

«No se puede de hecho comprender al hombre hasta el fondo sin Cristo —son palabras del Pontífice en su tierra natal—. O más bien, el hombre no es capaz de comprenderse a sí mismo hasta el fondo sin Cristo. No puede entender quién es, ni cuál es su verdadera dignidad, ni cuál es su vocación, ni su destino final.

«Por eso no se puede excluir a Cristo de la historia del hombre en ninguna parte del globo, y en ninguna longitud y latitud geográficas. Excluir a Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre» (P, 31).

El mismo tema reaparece bajo otro punto de vista en la homilía predicada en el Yankee Stadium de Nueva York. Ahora se describen algunas consecuencias de los principios enunciados más arriba.

«Jesucristo —el hijo de Dios hecho hombre, el hombre perfecto— perfecciona, restaura y manifiesta en sí mismo la insuperable dignidad que Dios desea dar al hombre desde el principio. El es el único que realiza en sí lo que el hombre debe ser por vocación: el único que está plenamente reconciliado con el Padre, plenamente uno en sí mismo, plenamente entregado a los demás. Jesucristo es la paz viviente y la justicia viviente.

«Jesucristo nos hace partícipes de lo que El es. Por su Encarnación, el Hijo de Dios se unió en cierta manera con cada ser humano. En lo más profundo de nuestro ser nos ha vuelto a crear. En lo más íntimo nos ha reconciliado con Dios, nos ha reconciliado con nosotros mismos, nos ha reconciliado con nuestros hermanos. El es nuestra paz» (USA, 242).

Se impone por tanto la observación de que la sed humana de absoluto «no puede ser saciada por los sucedáneos de ideologías que conducen al odio, a la violencia y a la desesperación», porque sólo Cristo, buscado y amado con amor sincero, es fuente de alegría, de serenidad y de paz» (M, 141). Importa sumamente no recortar «la visión vertical de la vida, ni rebajar las exigencias que la opción de Cristo plantea. Los hombres, y antes que nadie los jóvenes, no aceptarán ideales desvirtuados: «desean algo que valga la pena, que sea ideal digno de una existencia; aunque cueste» (M, 175).

Esta fe en Cristo, que no se ampara en «premisas cambiantes» o en «datos de sabor sociológico, político, psicológico o lingüístico» (M, 24), permite a los cristianos una visión clara de su tarea en el mundo, y les proporciona los medios para llevarla a cabo. «Desde esta fe en Cristo —y solamente desde ella, parece sugerir el Papa en México—, desde el seno de la Iglesia, somos capaces de servir al hombre, a nuestros pueblos, de penetrar con el Evangelio su cultura, transformar los corazones, humanizar sistemas y estructuras» (M, 89).

5. Es la convicción que el Papa atribuye, en su discurso inicial de Santo Domingo, a los primeros evangelizadores: «aquellos religiosos que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inviolables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre Dios» (M, 11). Poco después se permite recordar que «la Iglesia en esta isla fue la primera en reivindicar la justicia y en promover la defensa de los derechos humanos en las tierras que se abrían a la evangelización...» (M, 17-18).

Se resume aquí todo el programa que en el recto sentir y actuar de los cristianos ha de acompañar al anuncio de salvación traída por el Evangelio de Jesús. Juan Pablo II no tiene inconveniente en explicar la acción propia y la razón de ser del Evangelio en términos de liberación.

Le resulta equivalente hablar de una *salvación* cristiana que trae consigo efectos materiales y temporales, o de una *liberación* del hombre que interesa a su entera persona y que posee una raíz espiritual. «Como núcleo y centro de su Buena Nueva —dice con palabras de *Evangelii Nuntiandi*, 8-9—, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios, que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno» (M, 16).

El Papa habla en efecto de una «recta concepción cristiana de la liberación». No le asustan las palabras ni desaprovecha la ocasión de explicar con términos corrientes la concepción cristiana sobre la verdadera sanación y restauración del hombre. «La Iglesia —dice en Puebla— siente el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, el deber de ayudar a que se consolide esta liberación.

Este debatido término expresa —al margen de su valencia política o revolucionaria— un compromiso que la Iglesia ha contraído con la

humanidad. «Pero la Iglesia siente también el deber correspondiente de proclamar la liberación en su sentido integral, profundo, tal como lo anunció y realizó Jesús» (M. 108).

Es una «liberación hecha de reconciliación y de perdón. Liberación que deriva de la realidad de ser hijos de Dios, a quien somos capaces de llamar *Abba!*, ¡Padre!, y por la cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser transformado en su corazón por la misericordia de Dios. Liberación que nos empuja, con la energía de la caridad, a la comunión, cuya cumbre y plenitud encontramos en el Señor. Liberación como superación de las diversas servidumbres e ídolos que el hombre se forja, y como crecimiento del hombre nuevo» (M, 108-109).

La liberación que la Iglesia ofrece y ayuda a conseguir no se reduce como es lógico a la mera «dimensión económica, política, social o cultural» (M, 109; cfr. *Evang. Nunt.* 33). La liberación cristiana conserva una originalidad que la distingue de cualquier otra. El núcleo de sus afirmaciones es que si bien «no pueden disociarse anuncio del Evangelio y promoción humana..., aquél no puede confundirse ni agotarse —como algunos pretenden— en ésta última» (M, 18). Semejante planteamiento supondría «cerrar al hombre espacios infinitos que Dios le ha abierto. Y sería falsear el significado profundo y completo de la evangelización, que es ante todo anuncio de la Buena Nueva del Cristo Salvador» (M, 18).

El Papa concluye esta parte central de la homilía pronunciada en Santo Domingo con aseveraciones que pueden considerarse programáticas, porque recogen el espíritu de la *Evangelii Nuntiandi* y preparan en síntesis las ideas básicas que expondrá en México.

«La Iglesia —dice— experta en humanidad, fiel a los signos de los tiempos, y en obediencia a la invitación apremiante del último Concilio, quiere hoy continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos. E invita a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios.

«Hacer este mundo más justo significa, entre otras cosas, esforzarse porque no haya niños sin nutrición suficiente, sin educación, sin instrucción; que no haya jóvenes sin la preparación conveniente; que no haya campesinos sin tierra para vivir y desenvolverse dignamente; que no haya trabajadores maltratados ni disminuidos en sus derechos; que no haya sistemas que permitan la explotación del hombre por el hombre o por el Estado; que no haya corrupción; que no haya a quien le sobre mucho, mientras a otros, sin culpa, les falte todo; que no haya tanta familia mal constituida, rota, desunida; que no haya iniquidades y discriminación en la dispensación de la justicia; que no haya nadie sin amparo de la ley, y que la ley ampare a todos por igual; que no prevalezca la fuerza sobre la verdad y el derecho, sino la verdad y el derecho sobre la fuerza; y que no prevalezca jamás lo económico ni lo político sobre lo humano» (M, 18-19).

«Pero no os contentéis —continúa— con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe, y en el que ésta inspire el progreso moral, religioso y social del hombre. No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre, porque es la revelación del amor. El amor del Padre por los hombres, por todos y cada uno de los hombres, amor revelado en Jesucristo» (M, 19-20).

6. La idea cristiana de liberación está llena de luces y consecuencias prácticas, y sugiere fácilmente al Papa en diversas ocasiones el contenido de su exhortación pastoral a los fieles que le escuchan.

La necesidad de predicar en esta hora una concepción de liberación que sea verdadera e imaginativa al mismo tiempo exige de modo particular a los obispos ejercitar su función de *maestros de la verdad*.

«Es un gran consuelo para el Pastor universal —decía el Papa a la asamblea episcopal de Puebla— constatar que os congregáis aquí, no como un simposio de expertos, no como un parlamento de políticos, no como un congreso de científicos o técnicos, por importantes que puedan ser esas reuniones, sino como un fraterno encuentro de Pastores de la Iglesia. Y como Pastores tenéis la viva conciencia de que vuestro deber principal es el de ser maestros de la verdad. No de una verdad humana y racional, sino de la verdad que viene de Dios; que trae consigo el principio de la auténtica liberación del hombre: 'conoceréis la verdad y la verdad os hará libres' (Ioan. 8,32); esa verdad que es la única en ofrecer una base sólida para una *praxis* adecuada» (M, 84).

Es urgente que las voces de los obispos, buenos Pastores, llenen la Iglesia. Es vital para los cristianos que en el ámbito eclesial se escuchen habitualmente la palabra verdadera y la interpretación correcta de los principios evangélicos. Precisamente porque los bienes centrales de la paz y la justicia traídos por Jesucristo no se dejan privatizar, como aspectos que son del Reino de Dios, deben ser rectamente propuestos a todos los cristianos por aquellos que tienen el derecho y el deber de hacerlo. Si no es así, otros se apresurarán con triste diligencia a llenar ese vacío.

«Corren hoy por muchas partes —el fenómeno no es nuevo— *relecturas* del Evangelio, resultado de especulaciones teóricas más bien que de auténtica meditación de la palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico. Estas opiniones causan confusión al apartarse de los criterios centrales de la fe de la Iglesia, y se cae en la temeridad de comunicarlas, a manera de catequesis, a las comunidades cristianas» (M, 87).

Los obispos tienen por delante una difícil y a la vez gozosa tarea de reorientación catequética y de saneamiento espiritual. «De vosotros, Pastores, —han escuchado decir al Papa— los fieles de vuestros países esperan y reclaman ante todo una cuidadosa y celosa transmisión de la verdad sobre Jesucristo» (M, 85).

7. Estos principios son también los únicos capaces de conservar el verdadero sentido de la vida religiosa, o de restituírselo allí donde se ha perdido o desdibujado. La vida consagrada encuentra su raíz y justificación en el servicio exclusivo a Dios y a los hombres por Dios. Urge recuperar una adecuada perspectiva respecto al carisma propio de los religiosos, a fin de que esta peculiar y siempre válida manera de seguir a Cristo no se disuelva en un simple y efímero compromiso temporal.

La llamada dimensión horizontal, es decir, la necesaria fidelidad a los valores seculares, parece devorar en muchas ocasiones la *verticalidad* de la relación con Dios. «A veces se abandona la oración —advierte el Papa en México—, sustituyéndola con la acción; se interpretan los votos según una mentalidad que difumina las motivaciones religiosas del propio estado; se abandona con cierta ligereza la vida en común; se adoptan posturas socio-políticas como el verdadero objetivo a perseguir, incluso con bien definidas radicalizaciones ideológicas» (M, 70-71).

La atención a los «intereses de Cristo», meditados con intención recta y espíritu de oración, dará al «carisma del profetismo su adecuada dimensión de testificación del Señor», y evitará que la opción «por los pobres y necesitados dimane de criterios opuestos al Evangelio» y se inspire consciente o inconscientemente en motivaciones socio-políticas (id.).

En Irlanda había animado a sacerdotes y religiosos a trabajar por el Señor con un sentido de urgencia, y con la convicción de que esta generación y este decenio de los años 80 podrían ser decisivos para el futuro de la fe (I, 127). No se trata solamente de un esfuerzo necesario. Es sobre todo un cometido digno como ningún otro, capaz de solicitar una vida y llenarla cumplidamente.

Es éste un motivo de fondo, que se resume en las palabras dirigidas por el Pontífice a los seminaristas mexicanos de Guadalajara. «Vale la pena —exclama— dedicarse a la causa de Cristo, que quiere corazones valientes y decididos; vale la pena consagrarse al hombre por Cristo, para llevarle a El, para elevarlo, para ayudarlo en el camino hacia la eternidad; vale la pena hacer una opción por un ideal que os procurará grandes alegrías, aunque os exija también no pocos sacrificios. El Señor no abandona a los suyos» (M, 174).

8. Los cristianos tienen encomendado el gigantesco cometido de transformar el mundo «desde dentro mediante el poder redentor de Cristo» (I, 145). Lo harán si se demuestran verdaderos discípulos del Señor y se conducen con la necesaria competencia en los conocimientos y las ciencias profanos (id.). El Papa diseña a grandes rasgos una teología del trabajo, cargada de esperanza y de una saludable y pacífica acometividad.

«El trabajo es la dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la tierra» —afirma ante sus compatriotas de Polonia (P, 154)—. Es una actividad insustituible y querida por Dios, para hacer más humanos a los hombres y el mundo que habitan.

«Para el hombre el trabajo no sólo tiene un sentido técnico, sino también ético. Se puede decir que el hombre *somete* a sí la tierra cuando él mismo, con su comportamiento, se hace señor de ella, no esclavo, y también señor no esclavo de su trabajo» (id.).

El trabajo, en efecto, no sirve sólo para aumentar la calidad de la vida o para dominar la naturaleza. «El trabajo debe ayudar al hombre a hacerse mejor, espiritualmente más maduro, más responsable, para que pueda realizar su vocación sobre la tierra, ya sea como persona irrepetible, ya sea en comunidad con los demás, y sobre todo en la comunidad humana fundamental que es la familia» (id.).

El Papa expresa su alegría ante el hecho de que en su tierra «el desarrollo no ha implicado la descristianización», y recuerda la deseable alianza que trabajo y oración deben establecer en el hombre, para que éste no resulte destruido por el mismo trabajo que debe liberarle y ayudarle a vivir. No hay oposición entre oración y trabajo, como tampoco la hay entre religión y bienestar de la ciudad terrena. Por el contrario, así como la religión forma parte del bien común temporal, también la referencia y ordenación a Dios son garantía de competencia y armonía en el trabajo humano. El hombre nunca se encontrará a sí mismo en un trabajo que no esté, de alguna manera, vinculado a la oración y tenga a Dios como norte.

«No os dejéis seducir por la tentación —exhorta el Papa a sus conacionales— de que el hombre pueda encontrarse plenamente a sí mismo, renegando de Dios, borrando de su vida la oración, permaneciendo solamente trabajador, juzgando equivocadamente que sólo sus productos pueden colmar las necesidades del corazón humano. 'No sólo de pan vive el hombre' (Mt. 4,4). Lo dice quien conoce el corazón humano y ha dado pruebas suficientes de preocuparse por las necesidades materiales. La *oración del Señor* contiene también la petición del pan. Sin embargo, no sólo de pan vive el hombre. Permaneced fieles a las experiencias de las generaciones que han cultivado esta tierra, que han sacado a la superficie sus tesoros escondidos, con Dios en el corazón, con la oración en los labios. Conservad lo que ha sido la fuente de la fuerza de vuestros padres y de vuestros antepasados, de vuestras familias, de vuestras comunidades. La oración y el trabajo se conviertan en nueva fuente de vigor para esta generación y para los corazones de vuestros hijos, nietos y bisnietos» (P, 157-158).

Un eco de estas expresivas palabras, dirigidas a trabajadores de Silesia, se aprecia de nuevo en suelo irlandés, donde el Papa esboza el diagnóstico de una situación y solicita un esfuerzo a la altura de los tiempos. «Parece que vuestra tierra —afirma en Limerick— vive otra vez las tentaciones de Cristo: a Irlanda se le está pidiendo que prefiera los 'reinos del mundo y su esplendor' al reino de Dios» (I, 146).

Pero no se trata solamente de resistir el mal o de esquivarlo. Es necesario acometer, con fe en Dios y en la propia identidad cristiana, metas positivas. «Hoy debéis conservar para Dios la ciudad y la empresa,

al igual que hicisteis en el pasado con la granja y la comunidad rural» (I, 147).

9. Así como la Iglesia *flota*, por su carácter divino y sobrenatural, sobre las aguas de las opiniones y poderes humanos que se esfuerzan por atraparla, también el cristiano vencerá con su fe las ofensivas abiertas y sutiles de los que no conocen a Cristo y persiguen a sus discípulos.

Ante un millón de peregrinos que han acudido al santuario de Jasna Gora, el Papa hace un dramático llamamiento a la vigilancia para custodiar activamente y desarrollar el gran bien de la fe católica.

«Con ocasión del milenio del bautismo de Polonia —dice— nos hemos dado cuenta de ese gran bien que es nuestra fe y toda la herencia espiritual que de ella se origina. Vigilar significa recordar todo esto. Significa percibir agudamente los valores que existen en la vida de cada hombre por el simple hecho de serlo...

«Hay que vigilar, mis queridísimos hermanos; hay que vigilar y cuidar con gran celo todo bien del hombre, porque esa es la gran tarea que nos corresponde a cada uno de nosotros. No puede permitirse que se pierda nada de lo que es humano, polaco, cristiano sobre esta tierra.

«No os dejéis vencer por el mal, sino venced el mal con el bien. Si ves que tu hermano cae, levántalo, ¡no lo dejes expuesto al peligro!... Es Dios mismo, es el mismo Cristo quien nos confía cada uno de nuestros hermanos, de nuestros connacionales... Estad atentos a no haceros responsables de los pecados de los demás. Cristo dirige severas palabras contra quienes producen escándalo. Mira a ver, por tanto, en esta hora de sinceridad nacional, si escandalizas, si arrastras a otros al mal, si echas con ligereza sobre tu conciencia los vicios y malas costumbres que los otros contraen quizás por causa tuya» (P, 137-138).

IX. DIÁLOGO CON LAS LIBERTADES Y DERECHOS CÍVICOS

1. El hombre y los derechos humanos sólo se entienden y realizan adecuadamente desde el Evangelio. Este es el resumen de las ideas papales que hemos recogido aquí. Pero el pensamiento de Juan Pablo II incluye también una valoración positiva de las afirmaciones y gestos a favor de la dignidad del hombre que se han producido en la historia de Occidente.

No importa ahora demasiado que muchas defensas del hombre presenten un carácter fragmentario o se encuentren hipotecadas por un fundamento insuficiente. Lo importante para el Papa es que, de alguna manera, representan etapas más o menos importantes en la comprensión y desarrollo práctico de un gran tema.

Así como la Revelación cristiana no exige la muerte de la religión, tampoco la honda concepción cristiana de los grandes bienes evangélicos de la justicia, la paz y la libertad ignora la captación y versión profanas

de esos valores, aunque éstas puedan ser rudimentarias e incluso parezcan antagónicas respecto a la perspectiva cristiana.

La Iglesia se impone una vez más la tarea ineludible y constructiva de purificar lo contaminado y completar lo imperfecto. Hay ciertamente visiones del hombre y de la sociedad humana que padecen vicios incurables y no admiten fácil sanación. Pero es necesario pensar que se trata de excepciones, y que, por el contrario, cualquier concepción de la sociedad dirigida por el buen sentido y atenta al bien común establecerá gradualmente puntos de contacto con el anuncio cristiano de la verdad entera sobre el ser humano y la naturaleza de la sociedad.

2. El Papa manifiesta en primer lugar su esperanza en la función pacificadora de las Naciones Unidas, y el vivo deseo de que este organismo internacional contribuya eficazmente a salvaguardar los derechos del hombre en todo el planeta.

No es ciertamente el momento oportuno para formular eventuales reservas ni para destacar las insuficiencias del organismo que visita. Pero en las palabras estimulantes y respetuosas del Pontífice no obran solamente motivos diplomáticos o cortesés. Sabe bien que habla ante una asamblea que, de algún modo, representa moralmente a toda la humanidad. Su presencia en la ONU no constituye además un hecho insólito. «Los pontífices Juan XXIII y Pablo VI —recuerda el Papa— miraban con confianza hacia esta importante institución, como un signo elocuente y prometedor de nuestros tiempos. Y también el que ahora os habla, desde los primeros meses de pontificado ha manifestado varias veces la misma confianza y convicción que nutrían sus predecesores» (ONU, 165).

En efecto, Pablo VI visitó la sede de las Naciones Unidas en 1965, y puso los cimientos para una nueva relación de colaboración entre la ONU y la Sede Apostólica. Se han creado las condiciones para que las palabras cristianas pronunciadas en la ONU resulten beneficiosas para cada ser humano.

«La invitación a dar la palabra al Papa en vuestra Asamblea —observa Juan Pablo II— demuestra que la ONU acepta y respeta la dimensión religioso-moral de los problemas humanos de los cuales la Iglesia se ocupa en virtud del mensaje de verdad y de amor que debe llevar al mundo. Dadas las cuestiones que son objeto de vuestras deliberaciones y de vuestra solicitud... es esencial que nos encontremos en nombre del hombre tomado en su integridad, en toda la plenitud y multiforme riqueza de su existencia espiritual y material» (ONU, 167).

El Papa no vacila en llamar a la *Declaración universal de los derechos del hombre* (10.XII.1948) «una piedra miliar puesta en el largo y difícil camino del género humano» (ONU, 169).

Lo hace así porque quiere ver en ella, por encima de aspectos secundarios y fórmulas retóricas, una declaración a favor del hombre como individuo concreto de valor perenne; y porque desea provocar en los delegados que le escuchan un cierto *examen de conciencia*.

El cumplimiento desinteresado de su cometido humano será para la ONU la mejor garantía de continuidad y servicio real a los hombres. «Permitidme desear —dice el Papa en un momento de su largo discurso a la XXXIV Asamblea general— que la ONU, por su carácter universal, no deje de ser el *forum*, la alta tribuna, desde la que se valoren, en la verdad y en la justicia, todos los problemas del hombre» (ONU, 169).

3. La misma actitud acogedora y respetuosa se aprecia en las observaciones sobre la Declaración de la Independencia de los EE.UU. de América. El Papa habla ahora en Filadelfia de «aquél notable documento que contenía una solemne declaración de la igualdad de todos los seres humanos dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables: vida, libertad y búsqueda de la felicidad, y que a la vez expresaba una firme confianza en la protección de la divina Providencia. Estos son —continúa— los profundos principios morales formulados por vuestros padres constituyentes, y conservados como algo precioso a lo largo de vuestra historia» (USA, 276).

La estima y el amor papales hacia la nación norteamericana, surgida, dos siglos atrás, de un generoso proyecto son también alegría «por las realizaciones pretéritas de esta tierra —dice en Boston— y por su compromiso en pro de un futuro más justo y más humano; por la generosidad con que este país ha ofrecido asilo, libertad y posibilidad de mejoramiento a cuantos han arribado a sus playas; por el sentimiento de solidaridad, en fin, que os impulsa a colaborar con todas las demás naciones para que la libertad se ponga a salvo y se haga posible el pleno desarrollo humano» (USA, 222-223).

Las modernas declaraciones de derechos no se juzgan en los mensajes papales como la mera expresión histórica de un superado espíritu laicista. No son ideas cristianas que se han vuelto locas aunque tiendan a veces a absolutizar lo relativo. Bajo el punto de vista papal son proyectos esencialmente válidos que reflejan en mayor o menor grado valores y objetivos proclamados por el Evangelio. Ofrecen por lo tanto un terreno común en el que pueden y deben encontrarse todos los hombres de buena voluntad.

Dirá por eso en la ONU que la Declaración universal de los derechos del hombre trata de «crear una conciencia general sobre la dignidad del hombre y definir al menos algunos de los derechos inalienables de la persona» (ONU, 179).

4. Al día siguiente haría el Papa en el Battery Park de Nueva York, cercano a la estatua que se ha convertido en símbolo de la gran ciudad norteamericana, un canto a la libertad sin adjetivos: «Deseo rendir homenaje —declara— a este noble rasgo de Norteamérica y sus gentes: su deseo de ser libres, su determinación a conservar la libertad y su voluntad de compartir esta libertad con los demás. ¡Que el ideal de libertad

siga siendo fuerza impulsora de vuestra nación y de todas las naciones del mundo actual!

«Honra enormemente a vuestra tierra y a sus ciudadanos —continúa— el que, sobre esta base de libertad, hayáis construido una nación donde debe ser respetada la dignidad de toda persona humana, donde se cultiva un sentido religioso y una rígida estructura familiar, donde se tiene en gran estima el deber profesional y el trabajo honrado, donde generosidad y hospitalidad no son palabras vanas, donde el derecho a la libertad religiosa está profundamente arraigado en la historia» (USA, 260).

Las palabras del Papa hablan de la libertad a secas como un gran bien, como un todo indivisible en el que aspectos fenoménicos y psicológicos se funden con una honda dimensión espiritual. Esta perspectiva de totalidad permite valorar adecuadamente las interpretaciones y realizaciones concretas de los ideales de libertad, paz y justicia, y señalar en su caso posibles deficiencias.

El Papa se suma al sincero y a veces laudablemente ingenuo entusiasmo de esas declaraciones y afanes históricos favorables a la libertad del hombre, porque entienden correctamente como naturales e innatos los derechos de la persona, y afirman con el debido énfasis que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres. Al mismo tiempo advierte suavemente sobre eventuales defectos, que aunque no llegan a invalidar el sentido último de las formulaciones podrían disminuir su verdad y su eficacia.

En aplicación de este tratamiento purificador y sanante de los textos que alaba, Juan Pablo II se dedica en diversas ocasiones a descubrir y explicar el *sentido pleno* de las palabras contenidas en las declaraciones comentadas.

Así por ejemplo, después de enumerar algunos de los más importantes derechos reconocidos por la Declaración universal de los Derechos del Hombre (10.XII.1948) puntualiza que «el conjunto de estos derechos del hombre corresponde a la sustancia de la dignidad del ser humano, entendido integralmente, y no reducido a una sola dimensión; se refiere a la satisfacción de las necesidades esenciales del hombre, al ejercicio de sus libertades, a sus relaciones con otras personas; pero se refieren también, siempre y dondequiera que sea, al hombre y a su plena dimensión humana» (ONU, 180).

En relación con el propósito de evitar la guerra, recogido en el prólogo de la Carta de las Naciones Unidas, el Papa hace notar que este noble deseo ha de incluir coherentemente una clara idea acerca de la dignidad y valor trascendentes de la persona humana.

«En efecto —explica—, no se pueden combatir los gérmenes de las guerras de manera solamente superficial, «sintomática». Hay que hacerlo de modo radical, remontándose hasta las causas. Si me he permitido llamar la atención sobre la dimensión de los bienes espirituales, lo he hecho por solicitud hacia la causa de la paz, que se construye mediante la unión de los hombres en torno a lo que es en grado sumo y más profunda-

mente humano, a lo que eleva los seres humanos por encima del mundo que los rodea y decide su indestructible grandeza: indestructible, sí, no obstante la muerte a la que está sujeto cada uno en esta tierra» (ONU, 184).

En el Logan Circle de Filadelfia, el Papa invita a la muchedumbre de católicos que le escucha, a conservar los valores e ideales humanos que la sociedad norteamericana profesa, y a esforzarse «por comprenderlos mejor y por definir sus consecuencias cara a toda la comunidad, como una valiosa contribución al mundo». Es como si deseara que los hijos de la Iglesia en los Estados Unidos continuasen la tarea que él se ha impuesto a sí mismo en estas agotadoras jornadas americanas.

«Como cristianos —les dice—, debéis fortalecer estos valores humanos y completarlos mediante su confrontación con el mensaje evangélico, para que podáis descubrir su profundo significado y asumir así más plenamente vuestros deberes y obligaciones hacia todos los seres humanos que os rodean, con quienes os une un destino común. Para nosotros, que conocemos a Cristo, los valores humanos y cristianos no son, en cierto sentido, sino dos aspectos de una misma realidad: la realidad del hombre redimido por Cristo y llamado a una plenitud de vida eterna» (USA, 277).

Las intervenciones del Papa pretenden en definitiva que los norteamericanos capten el hondo sentido de las nociones e impulsos que han presidido el nacimiento de su país y acompañado luego su estupendo crecimiento. Se esfuerza por ello en hacerles ver que «la palabra paz es una síntesis» (USA, 455), que los cimientos verdaderamente humanos de una convivencia son en realidad una base religiosa, y que la influencia de su nación en el mundo deriva no tanto de poder material como de riqueza de espíritu.

Idéntico método de análisis es empleado por el Papa cuando habla en Chicago a un gran número de religiosos sobre el don evangélico de la libertad cristiana. «Os recuerdo —dice— las cualidades personales que son necesarias para participar con eficacia en la misión de Cristo. En primer lugar, debéis ser libres interiormente, espiritualmente. Para muchos resulta una paradoja esta libertad de que hablo. Incluso algunos que forman parte de la Iglesia la entienden mal. Sin embargo, es la libertad fundamental del hombre, y nos la ganó Cristo en la cruz...

«Habéis tratado de aumentar y fortalecer esta libertad recibida en el bautismo, aceptando generosamente la llamada a seguir de cerca a Jesús... Cualquier cosa que digan otros, o crea el mundo, vuestras promesas de poner en práctica los consejos evangélicos no han sofocado vuestra libertad: no sois menos libres por ser obedientes, y el celibato no os vuelve menos capaces de amar. Al contrario, la práctica fiel de los consejos evangélicos acentúa la dignidad del hombre, libera el corazón y hace arder el espíritu en amor total a Cristo y a sus hermanos en el mundo» (USA, 334).

5. En otras ocasiones, el Papa procura mostrar el *fundamento* último y firme de los valores humanos profesados por quienes le escuchan.

Trata de hacerlo especialmente a propósito de la idea de libertad, que como se ve retorna una vez y otra a sus discursos.

«La libertad en todos sus aspectos —dice en Nueva York— debe estar basada en la verdad. Quiero repetir aquí las palabras de Jesús: *la verdad os hará libres* (Ioan. 8,32). Es mi deseo que vuestro sentido de la libertad pueda ir siempre de la mano con un profundo sentido de la verdad y la honestidad acerca de vosotros mismos y de las realidades de vuestra sociedad» (USA, 261).

El Papa recuerda de nuevo en Filadelfia que Jesucristo vinculó la libertad con el conocimiento de la verdad, y que, por lo tanto, aquélla no puede construirse al margen de las enseñanzas cristianas (USA, 282). La prudencia nos dice también que libertad no debe servir de pretexto a la anarquía moral. «Libre es en realidad la persona que modela su conducta responsablemente conforme a las exigencias del bien objetivo» (id.).

La correcta interpretación de los valores humanos y cívicos requiere además la propuesta de todo su contenido, de modo que no queden reducidos a un sucedáneo.

Cuando habla en Nueva York de los derechos fundamentales de la persona humana, el Papa corrige una posible visión raquítica y naturalista, e incluye expresamente entre ellos el derecho al ejercicio de la religión, porque este derecho —explica— «hace referencia a la relación de la persona con Dios y porque está vinculado de un modo especial a los otros derechos humanos» (USA, 261).

La libertad de conciencia bien entendida comprende necesariamente el derecho al ejercicio público y libre de la religión. Más aún: si la conciencia no está asegurada en la sociedad, peligra entonces la seguridad de todos los demás derechos» (id.). «La libertad —dirá poco después— nunca puede permitir una ofensa contra los derechos de los demás, y uno de los derechos fundamentales del hombre es el derecho de dar culto a Dios» (USA, 280).

En Filadelfia enumera el Papa con cierto detalle diversas manifestaciones del respeto a los valores «humano-cristianos». Estos valores se respetan «cuando la libertad es aceptada no como un fin absoluto en sí mismo, sino como un don que hace posible la autodonación y el servicio; cuando la familia es protegida y robustecida y cuando su unidad es preservada...; cuando no se permite la implantación de sistemas que autoricen la explotación del ser humano; cuando se promueve el servicio justo y la honestidad en los funcionarios públicos; cuando la administración de la justicia es idéntica para todos; cuando se hace un uso responsable de los recursos materiales...» (USA, 278-279). El Papa espera que, llegado el momento, sus oyentes no retrocedan ante las consecuencias de los nobles principios que sostienen.

Finalmente, Juan Pablo II invita a percibir las hondas sugerencias que se contienen en palabras y expresiones que, aunque resultan familiares, no han sido quizás suficientemente exploradas y comprendidas por todos.

Al evocar, por ejemplo, en Filadelfia la Declaración de la Independencia americana se refiere a la solemne proclamación de la igualdad de todos los seres humanos, dotados por Dios de ciertos derechos inalienables, y llama la atención especialmente sobre la *firme confianza en la protección de la Divina Providencia* que la Declaración expresaba (USA, 276).

«En los valores humanos y cívicos contenidos en el espíritu de esta Declaración —dice— pueden observarse fácilmente sus estrechos vínculos con los valores básicos religiosos y cristianos. Parte de esta herencia está constituida por un sentido de lo que es la religión misma. La *Liberty Bell*... lleva con orgullo las palabras de la Biblia: 'pregonaréis la libertad por toda la tierra' (Lev. 25,10). Esta tradición lanza un noble reto a todas las futuras generaciones de América: una nación sometida a Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos» (USA, 276).

X. OBSERVACIONES FINALES

1. En junio de 1980, el Papa describía sus viajes apostólicos como «viajes de fe, de oración, que tienen siempre en el corazón la meditación y la proclamación de la Palabra de Dios, la celebración eucarística, la invocación a la Virgen» (Discurso a los colaboradores en el gobierno central de la Iglesia, de 28.VI.80, n.º 9).

Las visitas papales que han ocupado nuestra atención, especialmente las de México y Polonia, han constituido verdaderas peregrinaciones marianas. El Papa ha emprendido estos viajes guiado por la confianza en la Madre de Dios (cfr. M, 48) y con el deseo de poner en manos de María la suerte y el futuro de la Iglesia (cfr. M, 33; USA, 388).

En su papel de Sucesor de Pedro, ha dirigido a la Virgen oraciones fervientes que recogen las inquietudes y dificultades de este momento histórico y resumen las necesidades presentes del pueblo cristiano (cfr. M, 1-3; P, 71 s.; I, 103-6). El Papa ha destacado la raíz mariana de toda evangelización (cfr. M, 51), ha llamado al santuario de Jasna Gora corazón de Polonia (cfr. P, 71) y se ha dirigido en Irlanda a María Reina de la Paz (cfr. I, 9, 41, 96, 121). Ha invocado a la Virgen, Madre de los sacerdotes (cfr. P, 145; I, 137) y ha alabado y estimulado la piedad mariana del pueblo de Dios como vía segura hacia Jesucristo, único Mediador (cfr. M, 162, 167; I, 101).

De modo particular ha querido presentar a los cristianos la figura de la *Virgen fiel* (cfr. M, 34) y ha invitado a un encuentro con María, Madre de la Divina Gracia (cfr. I, 93). «María de Nazareth —ha dicho en Washington— se nos ha dado por modelo en nuestra peregrinación de fe» (USA, 387).

2. Quienes han escuchado la voz de Juan Pablo II y han visto de cerca su figura han experimentado en alguna medida el influjo de una personalidad bien definida, se han sentido interpelados por una palabra

viva y se han admirado probablemente ante el estilo eficaz usado por el Papa para hacer llegar a todos sus enseñanzas.

El Papa, podría decirse, se atreve a grandes cosas. Se atreve sobre todo a ser quien es. Ha contemplado de antemano la fecundidad y calculado los riesgos de pronunciar con sencilla solemnidad palabras que quieren decir lo que dicen.

Consciente de sus cualidades, Juan Pablo II ha desarrollado deliberadamente todo lo que de carisma personal hay en el Papado —los Papas son también figuras individuales— para desplegar mejor, según el Evangelio, la autoridad apostólica que se contiene en la Institución. Quiere desempeñar su oficio de cabeza de la Iglesia por la fuerza de un ejemplo concreto y visible de humanidad y de fe. Su humanidad de creyente ha sido en efecto su mejor tribuna.

Es evidente que a este Papa, bien conocedor del espíritu moderno, le interesa la popularidad, entendida como vía de comunicación privilegiada con todos los honores de buena voluntad. Pero no la busca por sí misma ni a cualquier precio. Vive una época en la que el público, como se dice, ha invadido el escenario de los actores principales. Esta circunstancia le permite y le exige al mismo tiempo expresarse en palabras y gestos directos que buscan la superación de las ideologías, así como la descalificación, cortés pero inapelable, de los ideólogos profesionales.

Porque un ideólogo —lo más opuesto a un profeta o anunciador de la Palabra— tiende a ser un intermediario ilegítimo que oscurece el diálogo de la verdad, disuelve los bienes fundamentales y hace imposible su disfrute. El Papa se dirige en nombre de Dios al hombre concreto, para que éste responda y hable por sí mismo, y para que ninguna ideología que dice *saber* más se apresure a contestar por él.

3. Juan Pablo II dedica su esfuerzo, en seguimiento de las huellas conciliares, a definir el papel de la Iglesia en el mundo durante los años que vienen. Lo hace a partir de criterios de diferenciación y solidaridad.

El Papa recuerda a los cristianos la importancia religiosa de los *misterios* sobrenaturales que Dios ha revelado y conserva en la Iglesia para la salvación del género humano. Les previene contra los abusos de la razón y el retorno de una mentalidad *ilustrada* que, bajo pretexto de humanismo, pretende nuevamente encerrar la fe dentro de límites estrictamente racionales.

La fe en el misterio de Cristo y la actitud de veneración que deriva de ella —viene a decir— son constantes del espíritu cristiano. No lo es menos un sentido cierto de pertenencia a la gran familia visible de hombres y mujeres llamados por Dios a su Iglesia. Porque los bautizados que ven al Papa como Vicario de Cristo han recibido una vocación que les confiere una identidad precisa y les capacita para una misión salvadora en el mundo que otros no realizarán.

El Papa quiere al mismo tiempo llevar el Concilio más allá de la Iglesia. Sabe bien que la humanidad necesita de los cristianos y que éstos

han recibido el mundo por heredad pacífica. Los encuentros alegres y patéticos con las muchedumbres que han ido a encontrarle no constituyen sólo una rehabilitación del llamado catolicismo de masas. Sugieren también una vasta movilización de hombres que, por tener un *alma naturalmente cristiana*, han salido de sí mismos —al conjuro bienhechor de un hombre y una figura— para escuchar y entender el lenguaje evangélico. En innumerables hijos de la Iglesia se ha despertado el orgullo de ser católicos, y en una porción de la humanidad brilla ahora más clara la luz del recto sentido ético, precursor de la fe.

